



LETAS RECCIO NALES

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Año II. — Número 9

PRECIO: UNA PESETA

ÍNDICE

DE ESTE NÚMERO

Francisco Valdés. El llanto de las palmas.—*E. Ramírez Angel.* Paisajes castellanos: Toledo desde los Cigarrales.—*G. García-Arista y Rivera.* Cantas de Aragón.—*Maricruz.* El Misterio. **Muchas cosas en pocas líneas:** *G. Díez Caneja.* ¡Yo me caso con ella! **Leyendo Revistas y Periódicos:** *José M. Matheu.* Lo que sale a la cara.—*S. Ramos Almodóvar.* El Ermitaño de Córdoba. (Continuación de la novela, que principió a publicarse en Enero). **Libros:** *Angel Ossorio.* Cartas a una muchacha.—*José de Orellana.* Acuses de recibo. **Crónicas:** CATALUÑA: *Ignacio Socías Aldape.* Apuntes de la emoción; Barcelona y el mar.—BALEARES Y CANARIAS: *Mateo Pradera Palmer.* Cuadros Mallorquines; ¡Oh, Virgen de Lluch...! **Literatos nuevos:** *Benjamín Ramos García.* La oración del poeta.—*Ares-Nif.* Cosas aragonesas; Escenas de antaño.—*Pedro Rebollo Linares.* Reflanes glosados.—*Dibujos de Antonio Blanco Lon.*

Anuncios gratuitos Para los suscriptores de "Letras Regionales"		JOSÉ GONZÁLEZ RODRIGUEZ Villalegre (Avilés) Desea la representación de exportadores, para esta provincia de Oviedo.	ELECTRO-HARINERA de S. JUAN Risco y Pozo Las mejores harinas de Extremadura Orellana la Vieja (Badajoz)
Fructuoso Nieto Corraliza COMERCIO Orellana la Vieja (Badajoz)	Laboratorio Calatrava Campanario (Badajoz) Pídase nota de las especialidades	Mueblería "LA INDUSTRIAL" Se remiten muebles a todas partes. Especialidad en telas metálicas. Jesús Cereijo Sánchez. Lugo, Campo de la Feria. Rabade	José Alonso de Celada Farmacéutico Valmaseda (Bilbao)

Para anunciar ventajosamente en LETRAS REGIONALES dirijase a

"PUBLICITAS"

AGENCIA INTERNACIONAL DE ANUNCIOS

MADRID:

AVENIDA CONDE PEÑALVER, 13
APARTADO, 911

BARCELONA:

RONDA DE SAN PEDRO, 11
APARTADO, 228

LETRAS REGIONALES

REVISTA MENSUAL

REDACTORES Y COLABORADORES EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

Novelas, Cuentos, Leyendas, Poesías, Ilustraciones, Historia literaria, Críticas, Páginas femeninas, Folklore, Crónicas, Sección "Literatos Nuevos", Concursos, Bibliografía, & &

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

COLABORADORES: Armando Palacio Valdés, Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, R. Alcover, G. Álvarez Limeses, F. Arocena, J. Arrarás, F. J. de Arvizu, M. R. Blanco-Belmonte, A. Blanco Lon, J. Barcia Caballero, Constantino Cabal, Arturo Campión, Carmen Carriedo de Ruiz, Eugenio Carré, Luis de Castro, Antonio de Cora, Juan Luis Cordero, Carlos Luis de Cuenca, Jorge de la Cueva, «Curro Vargas», Luis Chamizo, G. Díaz Caneja, Narciso Díaz de Escovar, V. Díez de Tejada, Concha Espina, Eladio Esparza, J. Fernández y González, M. Fuentes Jorge, G. García-Arista y Rivera, F. Castán Palomar, Juan Jesús González, Macario Golferichs Losada, Juan Gutiérrez Gili, M. Huerta Marín, Publio Hurtado, José M.^a Iraburu, Benjamín Jarnés, Lorenzo López Cruz, J. López Prudencio, Luis G. Manegat, «Maricruz», Angel Marina, Augusto Martínez Olmedilla, José M. Matheu, «Mirabal», A. Montenegro Saavedra, Luis Montoto, J. Ortiz de Pinedo, Rafael Pamplona, A. Pelairea, José M.^a Pemán, Huberto Pérez de la Ossa, Antonio Porrás, Emiliano Ramírez Angel, A. Reyes Huertas, Lorenzo Riber, Ramón Robles, Julio Santa María, María Sepúlveda, Yago-César de Salvador, Manuel Siurot, Ignacio Socías Aldape, Francisco Valdés, J. de la Vega, Luis Antonio de Vega, A. Villar Ponte, Tomás Yoldi Mina, José Zalba y otros muchos.

Oficinas: Encarnación, 19. — CÓRDOBA (España)

Precio de suscripción anual: en España, Portugal y América, 12 pesetas. Extranjero, 20

AL EMPEZAR

EN EL RINCÓN PROVINCIANO...

En el rincón provinciano, se ha encendido una luz...

Con nobles anhelos e ilusiones desplegadas, sale al mundo de los lectores ibero-americanos la revista LETRAS REGIONALES. Ni de trascendentales iniciativas, ni de programas largos y enrevesados, hace alarde la nueva publicación, en su comienzo. Sencillamente, venimos a reflejar el sentimiento puro y hondo que late con vigorosa personalidad en cada una de las Regiones españolas, encumbrándolas hacia el Arte, bellamente y por todos los medios expresado.

Después de un casi general letargo, se levanta briosamente el espíritu regional de España. Bendito sea este resurgimiento que mira a las pasadas grandezas, y se apoya en su memoria para crear grandezas nuevas.

Los lenguajes gloriosos, los trajes pintorescos, las monumentales riquezas, la poesía y costumbres populares... Todo esto se fortalece y se saca a luz, con valeroso estímulo, en estos días. Salvo muy pocas excepciones, los más grandes éxitos actuales, el arte regional los consigue.

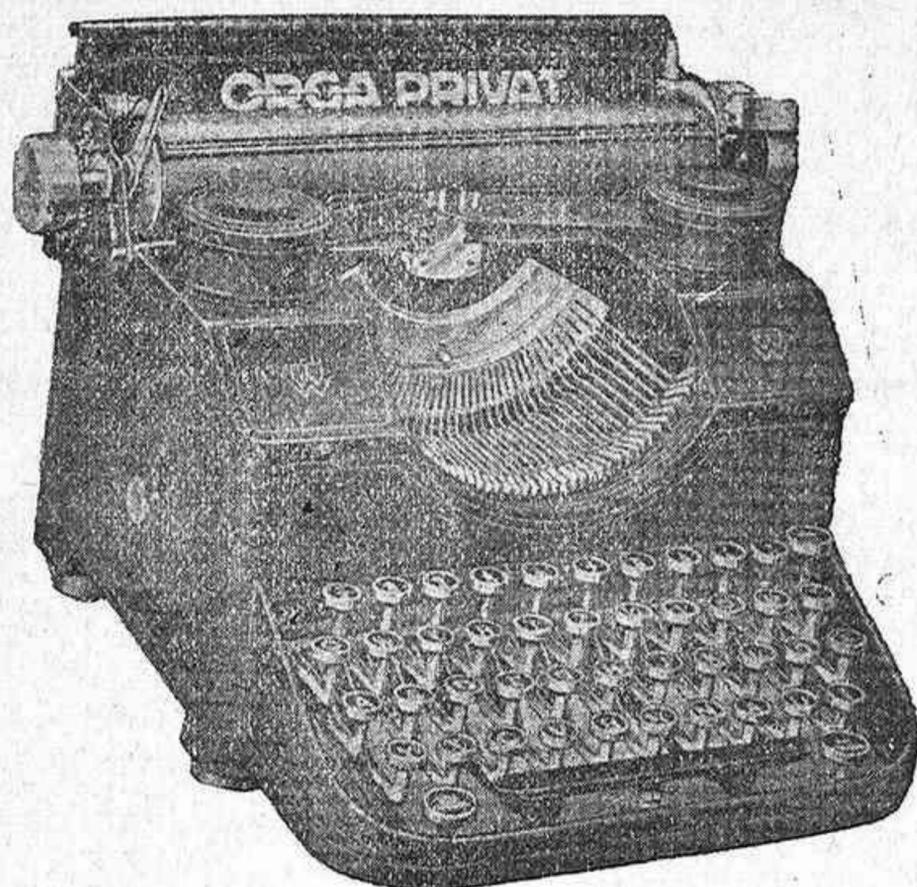
Esta revista, exclusivamente dedicará sus páginas a propagar la literatura y el arte de las Regiones españolas. A muchos y muy notables escritores debemos gratitud porque nos honran con su prestigio, guiándonos en la empresa. Dentro de las normas que la Religión y la Patria nos fijan, de todos aceptaremos colaboraciones y consejos. Entre el gran número de publicaciones ibero-americanas, nace hoy una más que con todas quiere vivir amistosamente.

Tanto en la forma como en el fondo, grandes reformas caben en LETRAS REGIONALES. Si los literatos españoles y los amantes de literatura y el arte regional quieren, todas esas reformas serán, poco a poco, realidades.

En el rincón provinciano, tranquilo y apacible, se ha encendido una luz... Que sea desde cerca, lumbre acogedora de hogar. Que brille desde lejos con fulgores de estrella... (Del número 1 de LETRAS REGIONALES. Julio de 1925)

¡La maravilla de las maravillas!

La máquina de escribir perfecta



ORGA PRIVAT

Todas las cualidades de las más caras, y precio inferior a la más barata de todas las conocidas.

Pesetas 700 al contado

Detalles, demostraciones
- gratis pidiéndolos al -

Representante general
para España:

R. Wirth Svalina

Lealtad, 8 — MADRID



LETRAS REGIONALES

REDACTORES Y COLABORADORES
EN TODAS LAS REGIONES DE ESPAÑA

DIRECTOR: S. RAMOS ALMODÓVAR

Año II

Marzo de 1926

Núm. 9

EL LLANTO DE LAS PALMAS

POR FRANCISCO VALDÉS

*“Mientras tenéis la luz creed en la luz,
para que seáis hijos de la luz.”*

SAN JUAN.—CAP. XII, VERS. 36

El episodio que tiene mayor fuerza simbólica en la vida de Jesús es su venta en los treinta dineros ofrecidos a Judas Iscariote por Anás. Ninguno como él perdura, enhiesto y surgente, a través de los siglos. Su estela de sonrojo y abyección aún no se ha borrado en toda la corteza de la tierra cristiana. Es superior a la bondad de los hombres buenos. Florece y fructifica en muchos de aquellos, cuyo brazo armado de todas las armas, potentes y flamígeras, defendieron el imperio de Cristo. Pero la avaricia no se deja vencer. Y con la avaricia reclaman su dominio la envidia y la hipocresía. Son tres hermanas gemelas. Nacieron con los primeros hombres. Su agonía y muerte se columbran remotísimas. Porque la palabra de Dios se ha olvidado y el ejemplo del Rabí le hemos ensombrecido por nuestras pasiones y nuestras molicias. Judas fué el

gran usurero, fué el gran envidioso, fué el gran hipócrita. Espiritu enteco y roído por los pecados milenarios. Su progeie triunfa y medra en el mundo enfangado por sombrías gusaneras. Forman legión los judas que niegan a Jesús con sus dineros, aunque le brinden zalemas y ofrendas aparentes. Mas sus corazones enroscados están por serpientes malélicas. El dorado y sonoro metal es el «enemigo». Por él vendemos todos los días, todas las horas, en las plazas públicas, en los palacios suntuosos, en los fétidos lupanares, en los bosques y en las selvas, hasta en sus mismos templos, el corazón de Cristo, que vale más que todos los tesoros amontonados. Los avaros, los envidiosos, los hipócritas: he ahí los «peores». Ellos no sólo hacen el mal y se embriagan con sus oropeles, sino que ellos son los que impiden la expansión del bien. Para luchar contra

ellos todas nuestras armas: el amor, la humildad, la rectitud, la pobreza, la compasión, el sacrificio, hasta el poder y la fuerza.

* * *

Hacia ya algún tiempo que Jesús de Nazaret abandonó la Galilea. Su predicación en los contornos del lago Tiberiades había producido los ópimos frutos. Aquellas gentes eran sencillas. La semilla del Rabi caía en terreno virgen, ubérrimo y fecundo. Pescadores en su mayoría, aquellos simples galileos tenían un alma pura, dispuesta para prender, en un girón de luz, de los labios purpurinos del Mesías. Las pupilas de Jesús habían dejado de contemplar la enrizada serenidad azul de las aguas ledas y tranquilas del lago. Tampoco veían ya Corozain, con sus trigales de oro y lumbre de sol; Betaida donde las mujeres de los pescadores, cándidamente, tendían a secar las redes y los remos macilentos en los muros gredosos de adobes; Tiberias, recreándose a orillas del lago, como una paloma blanca y bruñida; Cafarnaum, con su vieja Sinagoga enredada de saucos; Magdala, la ciudad de las dulces mujeres, indolentes y sensuales, que tejen en sus nerviosos telares, túnicas de seda y cíngulos de lino; Nazaret, su aldea sonora laboriosa como una colmena.

Atravesó la Samaria y llegó a Judea. Allí estaba la ciudad de los deleites, de las riquezas, de las ambiciones, de la falsa sabiduría, del estruendo mercantil. Nidal de pecados. Era necesario abatir sus soberbias, derruir sus mentiras, refrenar sus lujurias, vencer sus orgullos. Era preciso enseñarla el cami-

ne de la paz y el amor, la senda del sacrificio y la continencia, la ruta humilde de la verdad, la escala por donde se ascendía al reino de Dios.

La nombradía de Cristo rápidamente se iba extendiendo en la ciudad mercader y placentera. Era la vida de Cristo activa, inquieta, abundante y jocunda. Pero nunca perdía la serenidad y la confianza en la «misión» recibida. Al mismo tiempo que apiñábanse discípulos y fieles en torno a su palabra y a su corazón, engrosaba la horda de enemigos. Llegó a estimársele como un hombre perturbador y peligroso para la Ley; norma suprema de Judea, intangible y sagrada. Y el rostro dulce de Jesús anublóse de pena, y su alma lloró aljófares de dolor.

Después de su siembra diaria entre los altos muros de la Ciudad, a la caída de la tarde, Jesús descendía por el valle del Cedrón. Descansaba unos momentos en el huerto de Gesemani, antes de subir al monte de los Olivos, umbroso y riente. Bajo los altos cedros—corona rumorosa del monte—Jesús y sus discípulos más dilectos entregábanse a la meditación en diálogos encalmados y venturosos, arrullados por las bandadas de palomas azules que iban a dormir entre las ramas de los cedros olorosos. Después Jesús se encaminaba a Betania. Marta y María, con su hermano Lázaro, le esperaban, ansiosos y solícitos, en aquella casita, tostada por el sol, que les había ofrecido Simón el Leproso. Los gratos coloquios de Jesús con María, con Lázaro y sus venerantes discípulos lograban esclarecer su alma de pesadumbres, tristezas y vagos presagios. Allí

encontraba un tesoro de ternura y de amor, recatado y jovial.

Para que su estirpe divina y majestuosa se afincase y difundiera, se precisaba el milagro. Aún era crecido el número de los incrédulos y desconfiados. Y realizóse con la resurrección de Lázaro. Para conmemorarle llegó aquella cena. Marta, la hacendosa, servía el modesto ágape. Sentáronse en torno a la mesa, con Jesús, sus discípulos entrañables. Entre ellos, Lázaro, el resucitado. Juan, el evangelista, cuenta la escena con el encanto y la frescura y el concierto que Fra Angélico pintaba sus tablas. «Entonces María tomó una libra de unguento de nardo líquido de mucho precio y ungió los pies de Jesús, y limpió los pies con sus cabellos; y la casa se llenó de olor de unguento». «Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le había de entregar: *¿Por qué no se ha vendido este unguento por trescientos dineros, y se dió a los pobres?* Mas dijo esto, no por el cuidado que él tenía por los pobres; sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y traía lo que se echaba en ella.»

Al siguiente día, Jesús entró triunfal en Jerusalén, entre aclamaciones y cánticos. Iba montado en un rucio jumentillo, peludo y suave, como nuestro amigo *Platero*. La multitud le acompañaba, blandiendo ramas de palmera, esbeltas y ondulantes. A su paso, cubrían el suelo con mantos bordados o harapientos, con túnicas suntuosas o humildes. «Hosanna al hijo de David! Bendito sea el que viene en nombre del Señor!» Y Jesús, les dijo: «Entre tanto que tenéis la luz, creed

en la luz, para que seáis hijos de la luz.»

La faz del Rabí resplandecía iluminada de serenidad. Triunfaba, Y no por aquellos clamores, ni por aquellos gritos, ni por aquellos delirios de la muchedumbre que festejaba la Pascua. Triunfaba porque una voz misteriosa y recóndita anunciábaselo. Triunfaría, pronto, con su muerte, con la sangría de sus venas, con el suplicio de sus carnes, con el martirio y flagelación de su cuerpo. Era un presentimiento dulcísimo y ahincado, una alegría melancólica, un rayo de luz. Judas Iscariote se lo había revelado, con sus palabras torcidas, con su mirada oblicua, con sus gestos tortuosos, con la tesorería del caudal limosnero. Y su infinita, mansa, angustiosa tristeza provenía al pensar en la posible tardanza del sacrificio supremo.

* * *

Tres días después había de tener lugar la delación. Judas de Kerioth—el pelirrojo, el maligno, el tranfullero—recibió los treinta denarios. Le parecieron poco. Fué siempre insaciable. Para escarnio de su estirpe ponderó las virtudes del Rabí, procurando encarecer la mercancía. Así se conduce su progeñe desde entonces, como si llevara en el corazón duro un estigma imborrable. Camina encorvado y sinuoso, arrastrándose serpenteo. Siembra la cizaña entre los amados discípulos del Maestro. Aquella igualada preferencia de Jesús por Juan y por Pedro sólo él la turba y está a un paso de emponzoñarla. Juan, rubio y tierno, perfumado como un nardo de Persia, centellea siempre el corazón de Jesús. Pedro, bravo y

fuerte, con su ruidora sinceridad, vela el pensamiento del Maestro. Juan es la paloma. Pedro es el león. Con sus melíficos arrullos Juan endulzará la obra del Crucificado. Con sus palabras ardientes e inflamadas logrará Pedro reunir el rebaño de paz. Y Judas intenta, con su ladina envidia, con sus hipócritas manejos, con sus hipos astutos quebrar la armonía de Pedro y Juan en el alma de Jesús. Y a Tomás, el inocente, el recto, el mansueto, a Tomás que no conoce la ironía ni la doblez, pretende turbarle, confundirle, en su fe. Es su último refugio: la inocencia de Tomás. Los otros discípulos le desprecian. Algunos hasta le llegan a odiar. Únicamente Tomás, ignorante, sencillo y pazguato, acoje sus finjimientos, sus envidias, sus embustes, sus avaricias sórdidas, sus risas putrefactas.

Mas Jesús persiste en atraerle a la luz. Todo en vano. ¿Qué significa la palabra de Jesús ante la conciencia de este hombre, ladino, avaricioso y hartero? ¿Por qué no se ablandaron las llagas cancerosas de su espíritu? ¿Por qué no se arrepintió antes de consumarse el drama que él había provocado? ¿Por qué continúa, prolífica, su descendencia, sin vislumbrarse el día de su purificación y redención?

* * *

Yo siempre he tenido un cariño inefable por estas palmas del domingo de Ramos. Desde muy niño he conocido llevar una a mi casa que nos ofrecía uno de esos hombres opacos y sencillos — un alguacil del Ayuntamiento— que

pasan por la vida sin pena ni gloria: sólo con la gloria de haber sido buenos; sólo con la pena de no haber sido mejores. Mi madre desgajaba algunas de sus afiladas hojas y trenzándolas con pulcritud formaba caprichosos arabescos. Luego los colgaba de la cabecera de mi lecho, para que me durmiesen, todas las noches, beatíficamente.

Yo recuerdo el gozo y la efusión de mi alma infantil al sostener entre mis manos la palma del domingo de Ramos y al acariciar con mis dedos sus hojas onduladas, suaves, frescas y elegantes, cuando todavía no las zurcieron a los balaustres del balconaje. Pero yo no sabía su significación simbólica. Más tarde lo supe: Cuando se pueden saber esas cosas tan hondas y tan fecundas. Lo que yo no aprendí entonces, fué el misterio de sus ondulaciones, la flexibilidad de su cogolla mística y aguzada, ese inclinarse feblemente hacia la tierra. Me lo enseñó la vida: maestra en ciencias y enseñanzas. El dolor de la vida, constante e inexorable. Era, sí, el llanto de las palmeras. El llanto sin clamores, el llanto silencioso, que tanto ahonda. Porque veían año tras año, centuria, tras centuria, milenio tras milenio, triunfar el pecado y el mal en el seno del reinado de Jesús. El llanto de las palmas. Llanto lento, apagado, dulce, hondo. Ella, la palma, es el símbolo y encarnación de la paz. Y el mundo es guerra, lucha cruel y senil capitaneada por la avaricia, por la envidia, por la hipocresía.

Francisco Valdès

Un Domingo de Ramos.



PAISAJES CASTELLANOS

POR E. RAMIREZ ANGEL

AL otro lado del Puente de S. Martín, peñascos arriba, se abren mil abruptos caminos serpenteantes. Cualquiera de ellos es noble y apetecible porque conduce al refugio donde se goza la «descansada vida» de que habló el venerable maestro. Cualquiera de ellos merece, asimismo, el dulce nombre de «escondida senda», libre y alejada, entre la gloria del sol y de las flores, del «mundanal ruido»... ¡Cigarrales toledanos, todo amor y sosiego!

«Tenemos un cigarral — escribía el maestro Tirso de Molina — cerca del religiosísimo Monasterio de los Padres Capuchinos, con una casa en él, suficiente para gozar en invierno del sol y en verano de sus flores — que regadas de una fuente y a vista del caudaloso río, las pule Flora, sirviéndola de espejo, con el peine sutil de los vientos mansos que de ordinario las lison-

jean, — donde muchas veces nos íbamos, ya en un barco, ya en un coche, por dos o tres días, a abrir las ganas con que en su quietud apetecíamos después de la cortesana vivienda de Toledo...»

Esto se decía allá por el comienzo del siglo XVII, madura época de esplendor no sólo de las toledanas quintas asentadas a la otra orilla del Tajo, frente a la ciudad, sino de los muchos y muy esclarecidos talentos que en ellas departían, celebraban lucidas puestas de ingenio y organizaban fiestas teatrales de imborrable memoria.

Lope de Vega, Tirso de Molina, el Conde Mora, Góngora, Doménico, el alucinante griego; Tristán, Paravicino, Francisco de Rojas y otros ilustres españoles, visitaban muy a menudo aquellos parajes, hoscos y rientes a un tiempo, donde seguramente descansó el insigne manco don Miguel, aquella tarde

en que, desde el Mesón del Sevillano salió a tomar el buen sol, luego de haber finado su novela *La ilustre fregona...*

Otros tiempos más felices y otros cigarales más deleitosos eran aquellos para Castilla la robusta. Desaparecieron después las quintas reverberantes, ocultas entre la arboleda; fuéronse los novelistas, los poetas, los dramaturgos; y, en la agreste soledad, poblada por almendros, albaricoqueros y olivos, el silencio, un luctuoso silencio de decadencia se cernió con rapacidades siniestras de buitre.

Quedada en pie, coronando el cerro en que se asienta, ceñida por la ajorca lírica de su río, la capital, hermosa como la más hermosa de las sultanas y dueña aún de su sonrisa incopiable de Emperatriz.

Desde las eminencias de estos cigarales se la veía, igual casi que hoy la ve el viajero maravillado. Perdiéndose en lo azul del cielo, — flecha arrojada por los hombres a la gloria, y en ella clavada — subía la aguja de su Catedral; más en lo alto, destacábase la mole recia del Alcazár, ancho corazón de piedra donde palpita el corazón de bronce del César Carlos V, bajo las alas extendidas del águila bicéfala; y, cuando la noche deshojaba su mágica flora azul, los mil campanarios de la ciudad la convertían en una lira inmensa, en un armonio gigantesco, en una inefable y hechicera apoteosis.

¡Toledo, hermana de Florencia, de Brujas, de Granada, de Siena, las ciudades prodigiosas donde el suspiro del hombre se hace homenaje y su silencio

exaltación! ¡Toledo, laberinto, cuna, joyero, panteón, pomo de fragancia, libro miniado, rosa abierta, jardín luminoso, rico ajimez de la Historia dorado por la puesta del sol de Castilla, que todavía sigue brillando en él!... ¡Toledo todo gris y lóbrego para el que no sabe mirarte, para el que, por no tener amor, está ciego; mina de sol y de belleza para el que sabe llegar a él, tembloroso de fiebre y de ilusión! Samaritana de los sedientos y Verónica de los crucificados es y si alguien creyera que España ha muerto, ese alguien habría de elegirle como la más expresiva y rutilante lápida que rezase su defunción.

* * *

Isla de belleza inmortal, sanatorio de almas laceradas por la impureza de esta edad. Toledo es una cumbre que parece una corona, es un resplandor sobre una colina. Aunque sus pulseras de granito se quiebren; aunque sus gradas de tierra vayan borrándose bajo el asalto incesante y cruel de los siglos; aunque en sus callejuelas, palacios y mezquitas su gloriosa voz se debilite en un suspiro, Toledo la goda, la árabe, la castellana, siempre será señora.

En lo alto está como un faro que guía y como un alerta que previene. Nadie la abatirá sino la aleve tenacidad del tiempo. Y aun el tiempo, que no supo marchitar la juventud del río que la cigne, ni del cielo que la cobija, ni del sol que la bruñe, no se atrevería a injuriarla si no se disfrazase, alguna vez, de Concejal...

E. Ramírez Angel

„CANTAS DE ARAGON“



Sí, como dicen, el rostro
es el espejo de l'alma...
¡Bien sabes tú lo que ti-haces
cuando te pintas la cara!

— Mi hacienda y vida es de España;
mi alma pertenece a Dios;
y mi corazón es tuyo...
conque, ¡a ver qué tengo yol...

Aunque «en tomar no hay engaño,»
según dice un refrán viejo,
si vas a tomar mujer,
toma.... las de Villadiego.

A campana y a mujer,
no les tires de la lengua;
que es como mejor están;
teniendo la lengua quieta.

Dende que reñí con tú,
siempre estás en la ventana:
¡poco sirve el albarán,
si la habitación es mala!...

¡Que eres mu franca, y reflejas
tu sentir tal como es!...

¡tamién el agua refleja
un árbol... pero al revés!

Si vas a tomar mujer,
búscatela en la Montaña,
que es, como camisa 'e lino,
un poco aspra... pero sana.

La navaja de afeitar
y la mujer se asemejan;
¡Llévalas a contrapelo,
y verás qué bien t'afeitan!...

Cantas, mañica, la jota
con gracia tanta, y tal arte,
que, ya fuera de tu boca,
ella se vuelve a besarte.

T'icharé la despedida,
como la i'chan en mi pueblo:
que si quién decir: ¡«adiós!»
lo dicen, sin más rodeos.

Dr. G. García-Arista y Rivera

Académico C. de la Española
y de la Historia

EL MISTERIO

POR MARICRUZ

LÓBREGA y miedosa la noche oscura extendía sus tinieblas por la inmensa soledad del campo, borrando con fantásticas sombras la belleza de los sitios que horas antes, el sol doraba acariciando al ocultarse. En el profundo silencio de una calma y quietud absolutas, impreciso sentir temeroso parecía latente avanzar hacia alguien o algo que pudiera surgir como señal de vida, y la atmósfera cálida, sofocante, de un día abrumador de estío castellano, envolvía las nubes, que, bajas, amenazantes se cernían, y hubieran consolado al deshacerse en lluvia bienhechora la tensión pavorosa del momento, como deshace el llanto en nuestro pecho, la irresistible angustia de una emoción intensa. Lentamente transcurrían las horas sin la luz que señala su camino, preñada de temores y presagios, en el mudo concierto de la naturaleza queda, sombría, cuando de pronto, vibró sonora en el espacio, una voz femenina potente y grata, entonando amorosas romanzas, canciones sentidas en épocas tristes, lamentos de un alma que gime sus penas y expresa al cantarlas sus ansias, sus duelos. Y en el fondo del valle, donde hace siglos existe la pequeña villa castellana, al ser oído el canto misterioso, inquietas y brillantes luces aparecieron indecisas, caminando en diversos sentidos, como quien busca orientarse en intrincado laberinto. La voz continuaba quejosa, amante, las luces deteníanse inmóviles

breves instantes, acaso para escuchar mejor los que las llevaban, destacándose en seguida vivas, errantes, en el oscuro fondo de la noche, cual terrestres estrellas atraídas por el misterioso cántico, que lánguido extinguíase poco a poco fundido en el silencio.

Al fulgor tenue de los primeros rayos de luz, precursores del día, suave claror, la palidez del alba inundó la campiña, descubriendo lozana sus encantos al halago del sol, que triunfante llegaba invadiendo prados y bosques, portador de vida a la tierra despierta a su calor, embellecida con los ardientes tonos estivales. Disipado el agobio nocturno, desformadas, deshechas, las nubes se esparcían despejando un cielo zarco puro, cortado rudamente hacia poniente por la cercana sierra, y en la llanura, al pie de la montaña, apoyado en su altura, aparece el poblado, y renace a la vida al despertar las gentes presurosas de gozar o sufrir la existencia diaria. Es la villa pequeña, y venerable por los recuerdos que su nombre evoca unido en las historias con los triunfos de remotas edades, restos de unas murallas y un castillo que escalando la cima vigilaba el valle, acusan todavía su pasada importancia. La presente es escasa; un vivir siempre igual, severo, sobrio, llevan sus habitantes, alterando rara vez sus costumbres algún nuevo suceso. Tal fué el de aquella noche, transmitido y comentado sin que nadie le hallara explicación

cumplida; la voz escuchada por la mayoría del pueblo, era desconocida, jamás se había oído; los que la escucharon ponderaban su encanto, y creyéndola algunos sobrehumana, excitaban la curiosidad de los que sin oír, escépticos o cobardes, negaban y temían la

veracidad del hecho. Procuraban todos indagar hacia qué sitio se había oído el cántico, y en esto nadie coincidía; unos decían que la voz venía de la altura, de alguno de los viejos caserones de la antigua villa, que fué en tiempos recinto amurallado; otros, que



habitaban el arrabal, y los labradores cuyas tierras lindan con los caminos que cruzan la planicie, aseguraban era en ella donde había resonado el mágico cantar, y el pueblo entero, maravillado, sorprendido, incrédulo, esperaba impaciente la noche inmediata para satisfacer su curiosidad sobresaltada.

Aquel día de implacable verano, el

sol concentró en la llanada sus ardores, retirándose tarda, lentamente, prolongando sus últimos reflejos, perezoso de ocultarse, cual amante que abandona pesaroso su dicha, y llegado el crepúsculo sombrío, heraldo de tinieblas, la naturaleza entristecida veló su belleza en ausencia del amado...

Salió entonces la gente de las casas,

y congregada en grupos, vagaba por la villa anhelando calmar el interés creciente al avanzar la noche, tan propicia a infundir temores y quimeras. Nada se oía; pasaban los minutos y las horas con esa desesperante monotonía de impasible indiferencia que irrita y martiriza a un tiempo; algunos creíanse burlados, otros confirmaban sus dudas, y en todos cundía el desencanto de una ilusión frustrada, cuando en el solemne silencio de la noche sonó vibrante, acallando imperiosa murmullos y protestas, la hermosa voz potente, cadenciosa, con dejos de pasiones malogradas y palabras de amor, cuyo eco sentían en sus almas las gentes subyugadas al escuchar aquella melodía fantástica, misteriosa. Prontamente, reaccionando del primer estupor, los menos sensibles al hechizo del cantar, decidieron reunidos buscar incansables el lugar que ocultaba a tan admirable artista, y caminando al principio vacilantes, guiados después por el sonido, llegaron ante una casa aislada, deshabitada hacía ya muchos años, y deteniéndose, confirmaron, al escuchar atentos, los indicios que al defraudar sus esperanzas, complicaban el misterio.

Recordáronse enseguida los antecedentes y la historia de la morada y de sus dueños; eran éstos una rica y numerosa familia, que hacía largos años había abandonado la villa, dejando en ella escasos parientes que murieron, faltando con ellos noticias directas de los ausentes. Sabíase sólo, y sin detalles, que viviendo en la Corte, la desgracia por medio de la muerte había reducido la familia al padre y una hija, quienes para consolar sus duelos, viajaban continuamente; en la villa, nadie se había ente-

rado de su arribo, pero éste era indudable y explicaba el misterio.

Como la noche anterior, la voz fué extinguiéndose suavemente fundida en las sombras, y la gente volvió a sus hogares, dispuesta a descubrir cuanto suponía, asegurándose de la llegada del padre y la hija, cuya presencia delataba la canción lastimosa.

Al día siguiente todo el pueblo visitó las cercanías de la mansión solitaria, vigilándola constantes curiosos, que inutilmente atisbaron el menor signo de vida. Los viajos muros guardaban el secreto, oponiendo la dura frialdad de su piedra a la impaciente ansiedad del vulgo por descifrar el misterio.

A la tercera noche la voz no fué oída, y los nocturnos paseantes regresaron a sus casas contristados, temerosos de haber perdido para siempre el regalo de tan exquisitas audiciones. Una semana tardó en dejarse oír de nuevo la invisible artista, causando en los oyentes grande inquietud su silencio; aquellas dulces canciones, románticas, apasionadas quejas de un espíritu apenado, al que suponían consolar, compartiendo su gemir al escucharlo, habíase hecho una necesidad para el pueblo, que sentía la emoción honda, contagiosa, de las multitudes conmovidas por una impresión inexplicable y atrayente.

La gente preocupada no hablaba de otra cosa, y nadie había conseguido averiguar noticia cierta, cuando en un atardecer sombrío y tormentoso, vióse entrar al médico más anciano de la villa en la morada aislada, y la misma noche circuló rápidamente, segura, verídica, la nueva antes supuesta, de la existencia del dueño de la casa, a quien el

doctor visitaba. Desde entonces, la fantasía popular, apoyada en los ligeros soportes de datos aumentados al repetirse, forjó mil historias de aquellas vidas retraídas. Nada se sabía de la hija, el médico no la veía, y la única sirvienta de la familia que salía a la calle, aseguraba no conocerla; mas la voz por las noches, continuaba entonando sus amores y tristezas con melodiosos cantos de inspirada armonía. Dijose que el enfermo no mejoraba, que estaba impedido, paralítico, y una noche el doctor no salió de la casa, y al siguiente día reveló el misterio...

Aquél anciano inválido, abatido por los dolores de una vida mártir, a quien la muerte había separado de todos los amores, y de todas las dichas, refugiado en la villa, escondido, recluso, llorando sus venturas, recordando memorias de otros días que las voces queridas,—y

guardadas por la ciencia industriosa del presente—, repetían constantes aliviando su alma, doliente por la herida sangrienta del recuerdo, agotado, expirante, agonizaba... ¡Su último infortunio, la muerte de la hija cuya voz por las noches se escuchaba, la voz que fué su orgullo, cautivando cuando cantaba a quien la oía, su dulce compañera peregrina con él, también dejóle...!

Y abrumado, rendido, sin vigor y sin fuerzas, volvió a la antigua villa, a la mansión solariega, abandonada en horas felices, pródigas en promesas que el destino cruel negó inclemente, a sepultar en ella, con su dolor su raza, extinguiéndose absorto en el pasado, que encerrado, viviente subsistía, en aquel artefacto compasivo, reposo a su pesar, engaño a la ilusión, postrer quimera.

Maricruz

Segovia,

MUCHAS COSAS EN POCAS LÍNEAS

Homenaje a Menéndez Pidal

En el Centro de Estudios Históricos se celebró un brillante homenaje en honor del presidente de la Real Academia Española, a quien se entregó el primer ejemplar de la obra «Miscelánea de estudios lingüísticos, literarios e históricos.»

Francisco Franqueza

En el Círculo de Bellas Artes de Madrid ha expuesto muy notables paisajes del Valle de Arán, este pintor catalán, ya admirado por muchos de sus cuadros anteriores.

La poetica Filomena Dato

En el Ferrol, ha fallecido recientemente esta ilustre poetica gallega, autora de *Penumbbras*, y laureada repetidas veces en certámenes literarios.

Juan Alcover

En Mallorca falleció hace poco este glorioso poeta, uno de los más inspirados, entre los contemporáneos.

Guía artística infantil de Toledo

Con motivo del VII Centenario de la Catedral Primada, el excelentísimo Ayuntamiento de Toledo ha convocado un concurso, a fin de premiar una Guía artística infantil de Toledo, en la cual se describan y comenten, en estilo sencillo y ameno, las grandezas históricas y artísticas de la imperial ciudad.

El plazo de admisión de trabajos terminará el 31 de julio del presente año, y el premio consistirá en 1.000 pesetas en metálico y 200 ejemplares.

¡YO ME CASO CON ELLA!

POR G. DIEZ CANEJA

MUCHAS lágrimas le había costado a la señora Rita su hijo Ramón; pero ya no lloraba, ya no reprendía... ya no aconsejaba siquiera... ¿Para qué?

Ni ella con su cariño de madre, ni Benito, hermano de Ramón, con sus reflexiones, habían conseguido traer a éste al buen camino. ¡Todo era inútil! Ramón seguía frecuentando la taberna y olvidando el trabajo.

—¿Por qué no vas a la fábrica?—decía Benito con tono bondadoso.— Mira, que con mi jornal solamente no podemos atender a las necesidades de la casa.

—Yo no pido nada—respondía Ramón secamente.

—No pides nada, es verdad; pero no es la primera vez que he tenido que pagar deudas tuyas.

—Has hecho mal.

—Ya que madre y yo te seamos indiferentes, piensa al menos que estás comprometido con la Inés; que en el pueblo se murmura que no te portas con ella como un hombre de bien, y que es preciso que demuestres que lo eres.

—Los del pueblo podían ocuparse en sus asuntos y dejar a los demás en paz.

Y, por regla general, Ramón, dando media vuelta, se alejaba dejando a su hermano con la palabra en la boca.

Estaba visto que no podía hacer carrera de su hermano, y que ni él ni su madre podían contar con Ramón para nada.

Efectivamente: Ramón, dominado

por sus ideas levantiscas y por su olgazanería, sobre todo, no estaba dispuesto a escuchar razones ni a seguir consejos.

¡Cuánto sufría el pobre Benito!, muchacho honrado, trabajador y formal como pocos; amante de su madre y de su casa, como nadie. El no podría casarse nunca; él no podría decirle a Rosa, aquella muchacha fornida y fresca, de pelo negro, de dientes blancos, de pronunciado seno y recias caderas, que la quería con toda su alma. ¿Cómo iba él a crearse nuevas necesidades si apenas podía con las actuales? ¿Cómo iba él a exponerse a que ella no quisiera a su madre, a la buena señora Rita...? A él sí que le quería, se lo decía con sus relucientes ojos siempre que se encontraban; pero dice el refrán que «el casado casa quiere», y... ¡No; él no abandonaría nunca a su madre!

Ramón era el azote de todas aquellas personas a las que, por ley natural, debía amar tanto.

Inútilmente la madre de Inés aconsejaba a ésta constantemente que dejara a Ramón.

—No puedo, madre, no puedo—respondía la muchacha invariablemente.— Yo sé que es malo, lo sé... pero no puedo dejarlo.

Bien sabía ella que iba a ser desgraciada, que lo era ya; pero el mal no tenía remedio.

—Si yo te quiero ahora más que a nada en el mundo—la dijo Ramón un día—, ¿qué serás, Inés, si accedes a ser



mía? Entonces yo seré como vosotros queréis que sea; trabajaré y ahorraré para casarme en seguida, porque no podré vivir sin tenerte a todas horas.

La pobre Inés, creyendo en la sinceridad de aquellas palabras, y pensando que su sacrificio sería base de la redención de su novio, fué débil y entregó su honor immaculado. Y es lo cierto que, desde entonces, la infeliz perdió todo el ascendiente que tenía sobre Ramón y que llegó a verse tratada brutalmente por aquel hombre.

No fué esto lo peor; lo peor fué que en el pueblo se empezó a murmurar, porque Ramón se fué de la lengua más de lo debido, y bien pronto comprendió la pobre muchacha que su falta era ya conocida de todos.

Inés sentía su alma hacerse pedazos al pensar en su madre. ¿Qué sucedería cuando llegara el momento inevitable en que ella se enterara... ¡Nada...! Si hubiese tenido padre, otra cosa hubiera sido; pero su madre. . su madre no pudo hacer más que llorar, llorar como ella, sin tregua ni consuelo, sentirse morir de pena, y adorar a su hija tanto más cuanto más desgraciada la veía.

Hubo conferencia con Ramón; súplicas... ruegos... amenazas... ¡Todo fué inútil! ¡El se casaría cuando quisiera!

Se suspendieron las recriminaciones para ver si por el camino de la dulzura se conseguía algo de aquel hombre sin conciencia; pero nada se consiguió, y Ramón fué, más que nunca, el tirano de aquellos dos hogares, sumidos en la

más negra desesperación, por su culpa.

Un día sucedió lo que tenía que suceder. El final de una partida de *mus*, fué el principio de una batalla campal. Insultos, imprecaciones... blasfemias... navajas, cuyas hojas brillan en el aire como relámpagos... y un cuerpo que cae desplomado al suelo...

.

Más de un mes había transcurrido desde el trágico fin de Ramón, y aun no habían cesado los comentarios que de él se hacían, sobre todo, en lo referente a la pobre Inés.

Por donde quiera que iba el bueno de Benito, siempre llegaban a sus oídos rumores de conversaciones, en las que su hermano no salía muy bien librado.

Aquella situación se iba haciendo intolerable; la falta cometida por su hermano la sentía Benito pesar sobre su conciencia, como si fuera él quien la hubiera cometido.

Pasábase las noches de claro en claro luchando con sus ideas; sostenía vivos altercados con su conciencia, que, en verdad, nada le reprochaba; discutía acaloradamente con su madre y sostenía larguísimas conversaciones con Rosa, exponiéndola razones irrefutables para convencerla de que debía perdonarle la traición que bullía en su cerebro, puesto que era en beneficio del descanso de Ramón y de la paz y el sosiego de la pobre Inés. Y tanto y tanto bregó con la una, y tan elocuente se mostró con la otra, que al fin, aunque lo cierto es que nunca habló con ellas, sino consigo mismo, logró convencerlas, y Benito pudo poner en práctica el proyecto que hacía días le tenía en aquel estado tan lamentable.

Una tarde, pálido y tembloroso, poseído de una grande emoción, tanto por el acto que iba a realizar como por la incertidumbre del acogimiento que pudiera tener, se presentó en el ancho portalón de la casa de Inés. La imagen de Rosa se le presentó allí nuevamente más hermosa que nunca; pero Benito dióla las últimas y más poderosas razones que podían servirle de justificante para su conducta, y aquélla, anegada en llanto, desapareció para siempre.

Las dos mujeres, sentadas una frente de otra, cosían cuando Benito hizo su aparición. Al verle la señora Juana, madre de Inés, exclamó con enojo:

—¡Tú aquí!

—Yo, señora Juana, yo mismo—respondió todo azorado Benito.

—Creí que no nos volveríamos a ver más.

—¡Señora Juana!...

—Madre—interrumpió Inés—, Benito es bueno... ¿Por qué le habla usted así al pobre... ¡Qué culpa tiene él!...

—Si él hubiera influido lo necesario con su hermano...

—¡No diga usted eso, por lo que más quiera, señora Juana!—exclamó Benito con fogosidad en él no acostumbrada.

—¡Madre!...

—Puede que me equivoque, tal vez...; pero vete, Benito, vete. ¿Cómo quieres que te vea con calma viendo a mi hija? ¿Cómo quieres que hable, qué quieres que diga si me recuerdas al autor de nuestra desgracia?

Inés, levantándose con presteza, fuése hacia su madre besándola y acariciándola con ternura.

—¿Qué será de mi pobre hija—continuó la señora Juana entre sollozos—;

quién la amparará cuando yo falte, cuando quede sola en el mundo?... ¡Mi pobre hija no tendrá quien vele por ella; porque ¿quién ha de casarse ya?...

Benito, que estaba escuchando con la cabeza baja y dándole más vueltas a su gorra que rueda de molino, exclamó al oír a la madre de Inés:

—¡Yo!

Al escuchar aquella contestación, quedaron ambas mujeres mudas y perplejas.

—¿Tú?—dijo al fin la señora Juana.

—Yo, sí; yo me caso con ella.

Miraba Inés a Benito, sin acertar a comprender sus palabras; sin duda había oído mal.

Benito, no queriendo dar lugar a que el habla se le cortase, continuó diciendo:

—A tratar de eso vengo con usted y con ella. Es preciso que Inés recupere su honra, y es preciso que la gente deje ya tranquilo a mi hermano en su sepultura. Si Inés quiere, será mi esposa; es el único medio que he encontra-



do para reparar el mal que mi hermano le causó.

Inés miró con asombro a Benito durante algunos instantes.

—¿Tú serás el padre del hijo de tu hermano?—preguntó después, poniéndose más pálida que la cera.

—Yo, Inés; yo seré el padre de esa criatura que ha de venir al mundo; yo seré tu marido y haré cuanto esté en mi mano para que seas feliz, si tú me aceptas.

Inés se acercó lentamente a Benito, y cogiéndole una de sus manos, estam-

pó en ella un beso, murmurando con los ojos arrasados en lágrimas:

—¡Gracias, Benito!

Y después, echando los brazos al cuello de su madre, la estrechó amorosamente contra su pecho.

Benito con la cabeza inclinada sintió que una mano misteriosa arrancaba de su corazón la imagen de Rosa, de aquella muchacha, fornida y fresca, de pelo negro, de dientes blancos, de pronunciado seno y recias caderas, a la que nunca se había atrevido a decir: ¡Te quiero con toda mi alma!...

G. Díaz Caneja



«Revista del Ateneo»

En el número correspondiente al 15 de este mes, de la revista que publica el Ateneo de Jerez de la Frontera, hemos leído:

—«Temas artísticos: El Teatro Romano de Emérita Augusta», por Manuel Esteve Guerrero.

—«Jerez y América: Fr. Antonio Rendón Sarmiento», por Martín Ferrador.

—«Bellas Artes: Exposición Gonzalo Bilbao en Sevilla», por José Rafael.

“ABC”

Es muy digna de elogio la sección «La literatura española en el Extranjero», del gran diario español. Dando

más importancia a la sección bibliográfica, al frente de la misma ha publicado en algunos números valiosísimos artículos de crítica literaria de nuestro insigne colaborador señor López Prudencio.

“Toledo”

En este año ha mejorado notablemente su presentación esta revista de arte.

“Vida artística”

En Valencia se ha publicado el número 1 de «Vida Artística», gran revista ilustrada de Cinematografía y espectáculos, principalmente. Agradecemos mucho al nuevo colega las frases que dedica a «Letras Regionales».

LO QUE SALE A LA CARA

POR JOSÉ M. MATHEU

VARIAS veces en aquel invierno vistieron su hermoso manto de armiño las lomas que rodean y embellecen el monte denominado el Morellar, hasta después del último de los «Santos capotudos» según la expresión aragonesa. Por lo tanto, como año de nieves año de bienes, esperaban los labradores que hubiera una asombrosa cosecha en todo aquel regadío que alcanzaba la vista. En los primeros días de Marzo nevó también y esto ya no era obrar conforme a lo que parecía pactado. Después mejoró el tiempo de tal modo que los almendros se cubrieron de flores y los trigos tan verdes y lozanos como estaban, dieron el estirón de un palmo. Una de estas hermosas mañanas que anuncian a las de Mayo, viéronse sorprendidos los vecinos de Cañices por las resonantes voces de la *Rosario*, la campana mayor de la iglesia, que solo se tocaba en los días en que hay que repicar recio, o cuando era preciso dar la voz de alarma. No siendo día en efecto de gran solemnidad, hubo que tomarlo como señal de peligro inminente o cercano que amenazara al pueblo. Habíase recibido aviso por el telégrafo del propio Gobernador de Cayudes, que a causa de un repentino deshielo de la nieve, lo mismo el río Arbar que el Hueche y demás afluyentes al Ebro, venían crecidísimos temiéndose que a las pocas horas la crecida se convirtiera en verdadera inundación. Los pueblos y villas que al igual de Cañices se halla-

ban tan próximos a un río como el Ebro, debían tener fundados temores, sino por el caserío que está situado a una regular altura, cuando menos por los campos, huertas y viñedos que quedan destrozados. Recordaban los ancianos con espanto la inundación del año 70, que les arrebató las cosechas de cuatro o cinco Otoños. Sin contar las innumerables víctimas de niños, mujeres y chicuelos a quienes cogió desprevenidos. Posteriormente hubo algunas que dejaron triste memoria, pero ninguna como aquella gran riada. Con estos antecedentes no es de extrañar que los cañicenses sintieron todos, las repetidas campanadas de aviso como si se dieran en su propia casa. El señor Alcalde, los concejales que estaban en la secretaría y Mosen Pedro, fueron los primeros que lo supieron y circularon la noticia recibida. Hubo algunos momentos de confusión y aún se oyeron en ciertos hogares lamentos de terrible dolor y sollozos que estallaban de pronto como si aquello fuera la señal de acabarse el mundo. Pero los consejos de Mosen Pedro y las advertencias del Alcalde, calmaron algùn tanto estos primeros terrores. La ahijada de la señora Justa, una de las buenas mozas de Cañices, salió corriendo de su casa y se encaminó a la de su madrina, por haber oído que su hombre estaba en la siembra del cáñamo. De las pocas personas que no se habían enterado de lo que significaba el campanéo era la señora

Justa, por hallarse en el corral tendiendo la ropa blanca traída del río aun no haría media hora. Le ayudaba en esta faena su sobrina Teresa, y en cuanto oyeron pasos, volvieron ambas la cabeza extrañándose de ver a su ahijada a aquella hora.

—¿Hola Malena, que te trae por aquí?

—¿Pues, no habrán oído el repique que ha sido gordo, cuando las veo tan sosegadas?...

—Que, pasa algo? dilo si pasa algo, chica, proque los malos tragos... Repuso la señora Justa que tenía un genio como una pólvora.

—Corre por ahí eso, de que han avisao al Alcalde pá que la gente esté prevenida porque viene una riada, ¡madre, que riada! de las más grandes. Dicen que por Motrica empieza a crecer ahora el río muchísimo y no sabemos lo que tardará en llegar al pueblo.

—¡Coscoja con el agua! Y mi Mariano que está con su padre en lo del cáñamo, a cuatro varas del río como aquel que dice. ¡Y yo aquí tan fresca! exclamó la señora Justa, que así como estaba, sin echarse un mal pañuelo sobre la cabeza, se lanzó a la puerta, cruzó el patio y salió a la calle. Atravesó la plaza como una flecha para enfilear la carretera y tomar enseguida el camino denominado de las Albercas. Al llegar al puentecilo, a una media hora de Cañices, la mujer se quedó parada, porque no sabía a punto fijo a cual de los dos campos habrían ido su marido y su hijo. El más grande se hallaba a la derecha del río y había que atravesar el puente para llegar hasta éste. El de menor extensión, se hallaba situado a

la izquierda a unos trescientos pasos del río, y con andar un cuarto de hora, bastaba. En medio de esta angustiosa duda, la señora Justa tuvo una corazonada: «habrán empezado a sembrar por el más grande». Como no había tiempo que perder, se decidió a cruzar el puente poco menos que corriendo. Pero aún no habría andado una veintena de pasos, cuando se tropezó con Atanasio, el hijo del tío *Manchones*, que la detuvo con estas palabras:

—¿A dónde se va tan de prisa por estos andurriales?

—A donde puedes suponer, a buscar a mis hombres; porque dicen que al señor río se le han hinchao las narices.

—Ya sé, ya; por eso me vengo yo.

—¿Los has visto? ¿están por allá en el tomizar o en este de las Albercas?

—En el tomizar no estarán porque yo ni tansiquiera los he visto ni un pedazo de ellos como una uña y vengo de allá—contestó el mozo con el aplomo del que afirma la verdad.

Volvió de pronto la labradora pasos atrás y dando por ciertas las afirmaciones del mozo, tomó el camino de las Albercas algo pedregoso, como todos los que conducen a Cañices, pero a los dos minutos volvió la cabeza por curiosidad y observó algo entre escamada y dudosa, es decir, el gesto de volver la cabeza Atanasio para mirar sin duda si continuaba en su camino.

Le dió que sospechar a la señora Justa este movimiento, y soltando una interjección de las más pintorescas, pensó y dijo: «Si habrá mentido ese condeñao? tan mala cara tiene para ser de los buenos .. y como le ha cogido tanta tirria a mi Marianico... Estaba por irme.

otra vez por el puente y si no los encuentro por allá... ¡Ay Virgen mía del Carmen! yo tiro por el Tomizar y sea lo que Dios quiera.—Y dicho y hecho, desandando el camino, más ligera que el viento, cruzó la Señora Justa segunda vez el puente y siguió la dirección que el instinto de su gran corazón le había dictado desde el primer momento. Al cuarto de hora, entre las dudas y temores que le atormentaban y con aquel andar tan atropellado y fatigoso, la pobre mujer chorreaba por todos los poros de su cuerpo, de su rostro moreno y carnoso, aunque de buen color parecía que le iba saltar la sangre, según lo encendido y arrebatado que lo traía. No por eso se detenía ni se paraba a tomar aliento. Andaba, andaba todo lo de prisa que le permitían las ropas. Y luego murmuraba por lo bajo: Aquel es el campo del tío *Manchones*, allí está el patatar de la señora Quiteria. Aun me faltan las dos viñas viejas de ese de... La mujer no recordaba en aquel momento el mote del dueño. De repente lanzó un suspiro y tomó aliento.—¡Ay, Virgen mía! ¿Serán aquéllos? me parece que sí —trás esta exclamación, yá más animada apretó el paso. En efecto, allá lejos a una gran distancia se distinguían dos figuras algo separadas, recorriendo el terreno con cierto acompasado movimiento. En cuanto andubo veinte pasos ya no pudo más.—¡Mariano, Sebastián! —gritó con toda su alma. Volvieron los hombres la cabeza al escuchar tales voces, y como les daba el sol de cara se pusieron la mano delante de los ojos a manera de pantalla. El apresuramiento, el cansancio, y el esfuerzo realizado, clavarón a la señora Justa, en el ribazo

donde se había detenido. Y aunque quería saltar no podía por parecerle que sus piernas se le quedaban ligadas o más bien convertidas en puro plomo.

Acudieron los hombres sorprendidos por esta inesperada presencia.

—¿Qué es esto mujer, qué te trae por aquí?—le preguntó el marido, un labradorazo recio y fornido como un roble.

—¿Qué le pasa madre, que no puede hablar?—le interrogó a su vez el hijo que mostraba el mismo perfil de su rostro y sus mismos ojos negros.

Les refirió pues, lo del campanéo y lo sobresaltado que andaba el pueblo con el peligro que corrían los que se hallaban trabajando en aquella parte, la más baja de la vega, de verse arrollados de improviso por la impetuosa corriente de las aguas. Por lo tanto rompieron en seguida la marcha uno trás otro, más despacio de lo que era de desear, porque la señora Justa aún se sentía cansada.

Al llegar al puente llamóles ta atención el ruido profundo y gemidor de la corriente, que azotaba ambas orillas y turbulenta y soberbia se estrellaba contra los machones de piedra. Antes de entrar en Cañices, desde la misma cuesta vieron como crecía por momentos el anchísimo cause; como pasaban rotas y desechas algunas almadías, luego unos cuantos cañizos y ramas desgajadas que flotaban sobre el agua como si fueran a remolque.

—¿Y aquéllos dos bultos negros que se ven y no se ven?—preguntó el señor Sebastián, cuya vista no alcanzaba a distinguir lo que en otro tiempo.

—Aquello son dos abrios, padre, que van nadando, aunque no daría yo dos

ochavos por sus vidas—contestó el hijo; ¡qué lástima que se pierdan esos animales! que buena falta le harán al dueño. Y no eran ellos solos, Sebastián y su mujer con el hijo, los que se hallaban en la cuesta contemplando aquella imponente, aquella terrible invasión de las aguas, que había de sumir en la miseria a bastantes familias; por fortuna suya no fué esta crecida de las mayores, si bien no dejó de ocasionar irreparables pérdidas.

Cinco o seis meses después, una de las personas que más se acordaban de la inundación era la Sra. Justa, por el peligro que hubieron de correr sus hombres. Por cierto que le chocó extraordinariamente el rumor de que el hijo del tío *Manchones* rondaba a su ahijada. Este Atausio taimado y ambiciosillo, en busca de una novia rica, hubo de pretender a una tal Pascuala, hija del mejor cosechero de vinos de Almueca, pueblo bastante próximo a Cañices. Medió en esto cierto pariente del mozo, conocido allá por el *Cheporro*. A los dos o tres meses de relaciones, no se sabe qué notarían en el novio, que por indicación del padre le dijo la muchacha que por su genial y ser él así, no harían buena pareja. Y se le dió capote. Pero Atanasio que era buen mozo, aunque mal encarado, seguía con sus pretensiones.

Ocurrió ahora que una tarde al salir de la iglesia la señora Justa vió cruzar al mozo con la azada al hombro, como que venía del Tomizar.

—Eh, *Tanasio*, escucha dos palabricas que tengo que decirte al oído—le espetó la mujer llamándole con la mano.

—Si son de ley, ya sabe usted que no soy lerdo, con que asina...

—No, no tienes tu mala ley, pero es a la puerta de la Malena. Ya sé que entras en la casa y que tratas de casarte, aunque tú no lo mereces, entiendes, porque no sirves ni para descarzarla tan siquiera.

—¿Está usted haciendo de cura, seña Justa? Por que eso más paice un sermón.

—Eso ya se encargarán de ponerlo en claro, porque tarde o temprano la mala intención sale a la cara. Pasó luego el santo del padre de la Magdalena y pasaron con pasmosa rapidez dos o tres semanas. Acaso porque decrece el día y parece más corto, una de estas noches acostados ya los padres oyó la moza en el corral un extraño cacareo y un gran revuelo entre las aves, como si quisieran huir asustadas de algún mal bicho. —¿Qué rebullicio será ese, chica?—le preguntó a la sirvienta que acababa de apagar unos tizones en el agua: ¿si habrá entrado alguna fuina?

Con esta repentina sospecha bajó corriendo la escalera y entró resueltamente en el corral. Se dirigió en seguida al gallinero y alzando el candil que traía en la diestra, observó que las gallinas seguían unas cuantas cacareando y agitando amedrantadas en un rincón, mientras que otras se habían subido a los peldaños más altos de la tosca escalera de estacas, donde dormitaban. De pronto, sin saber de qué punto venía, sintió que un robusto brazo ceñía su cintura y que una voz conocida le susurraba al oído en voz baja:—No te asustes Malenica que soy yo.

—¿Y qué hacías tú aquí?

—Que vamos de ronda, pues y me dije pa mí: no sería malo que mi Malena



lo sepa antes; como seis asina las mujeres...

—¿Te he dicho yo nunca que no vayas de ronda?

—No, mujer, pero son cosas... —Miá que estás guapica y resalada de noche; estoy por decir que vales cien onzas más que de día—y a todo esto Atanasio continuaba ciñéndola con su brazo; y como la moza empezase a advertir

sus disimulados tientos y sobaduras; se desasíó bruscamente de sus manos y le dijo muy entera y briosa señalándole la puerta del corral:

—Tanasio, por ahí se sale a la calle y que no vuelva a ocurrir.

—Pero chica ¿te vas a enfadar por eso?

—Nada, nada. Lo dicho.

Tal vez la moza lo consultara después

con la almohada en el desvelo de la noche, o hablara del caso con su señora madre como de mayor experiencia, pero ello fué que a los cinco o seis días volvió a comentarse en el pueblo la infausta noticia de que la Magdalena ya no festejaba con Atanasio.

Aquella misma semana, por una vulgar coincidencia, puesto que bien podía acaecer, cada tres o cuatro días, al salir la señora Justa de casa de su ahijada, se halló de manos a boca con el mencionado Atanasio. Sonreía la buena mujer al observar al avinagrado gesto del mozo. Se apresuró a saludarle porque no se imaginara otra cosa distinta. Acercóse él enseguida alzando un poco la voz:—Me alegro de verla tan a mano para decirle una cosa. Ya sabrá usted por la Malena...

—Si, hijo, ya sé que te han conocido aunque un poquito tarde, y te han dado la despedida. Todo sea pos Dios.

—Y por usted también, rediezla, que sino se hubiera metido a consejera de la Malena... casao estaría yo a lo presente, y muy recasao. ¿Y sabe lo que debía hacer un hombre como yo? coger un cuchillo bien afilado y cortarle el cuello.

—A mí? quiá hombre, quiá. Tienes tú muy poquicos higados, tan poquicos que se los podía comer mi gato sin que le viniera por eso ningún entriparrao.—¿Quiere jugarse a que no?—Si no tuviera yo tan buen corazón pa ti y pa toda tu cochina casta... El día aquel de

la riada ¿te acuerdas, Tanasio? pues ese día, después de la mala jugada que me hiciste, si lo hubiera contao yo a mis hombres... menuda tollina te ganas y eso si no perdías la pelleja que pa todo había razón.

—Ta, ta, ta, eso si que no.

—Eso si que sí, y como soy más clara que el agua y no me duelen prendas, a los que te hayan ido con el chiflete de que si hablé o no hablé de eso de la chica, les dices que mienten, así mismo: que mienten, que no soy mujer para quitar a nadie un pedazo de pan. Demasiado entenderás si quieres y te miras de los piés a la cabeza que la Malena no se pintaba para tí, que es mucho buena...

—¡Retajo, me tira usted a la tetilla! ¿con que yo no valgo?

—Mira Tanasio que lo amargo fué pa mí, cuando aquello que tú sabes. Ahora te toca a tí; va por tocaduras a lo que veo. Y arrepara también que una mala intención se perdona, como yo la perdoné; pero a la larga, sin que tú lo quieras, sale a la cara.

Y dando media vuelta dejó al mozo con la palabra en la boca, siguió la señora Justa calle adelante con aire de gallardo brío a pesar de sus cuarenta otoños, y una magestad y satisfacción de sí propia que hubiera causado envidia, seguramente, a la más linajuda dama de Castilla.

José M. Matheu

EL ERMITAÑO DE CÓRDOBA

NOVELA ORIGINAL DE S. RAMOS ALMODÓVAR

(CONTINUACIÓN)

Pero era el caso, que como la hija del tío Jeromo me asistía a la mesa y hacía otros menesteres en mi casa, noté yo, que aunque no estuvo bien aquello, y más con la excesiva seriedad y entusiasmo con que lo hice, a Guadalupe le llenó de orgullo femenino. Y, casi puedo decir, que ella misma me puso en el trance de tener que repetirle los elogios a su belleza.

Con tan fútil motivo, comenzó el demonio a tenderme sus redes, y poco a poco, igual que si pisase un suelo movedizo, que fuera cediendo al peso de mi cuerpo, yo, cada día que pasaba, era más expresivo en mis alabanzas, y cada día también, me gustaba más la conversación con aquella muchacha que tenía aún el corazón virgen para los afectos de enamorada, y que en su desarrollo, veíase halagada y satisfecha al saberse llena de atractivos.

Falto de las diversiones de la ciudad, con poco trato de gente, allí, en aquel desierto de Los Chaparrales, salvo los ratos de entretenimiento en la caza, muchas horas del día no sabía qué hacer, y en la charla con Guadalupe hallé un buen recurso.

Apesar de la corteza de rusticidad que la envolvía, me fui dando cuenta de que la moza poseía muy delicados sentimientos, y que, aún en aquel ambiente de rudeza en que se desarrollaba, con su laboriosidad y su esmero en

todo, su espíritu íbase afinando y aguzándose, por instinto natural de adivinadas delicadezas.

Sorprendido me quedé un día, oyéndola leer en un pedazo de periódico, casi con perfección.

—¿Pero tú sabes leer, Guadalupe?

—¡Ay, muy mal, señorito Paco! La tía Dorotea me enseñó. Como no he podido ir a la escuela...

La tía Dorotea era la mujer del mayoral de las ovejas.

—¿Y escribir, sabes?

—¡También sé algo de escritura, sí, señó!

Y salió veloz como una ardilla, y me trajo unos pliegos llenos de renglones torcidos, con letras desiguales, pero escritas con claridad y cierta elegancia en los rasgos firmes y seguros.

Estaba viendo yo, con gran admiración, los progresos caligráficos de Guadalupe, y, como mandado llamar a tiempo, se presentó en escena el tío Jeromo.

Al buen hombre, se le hacía la boca agua oyéndome encomiar la voluntad entera y las envidiables cualidades de su hija.

—¿Y los bordaos que jace tan reque-
tegüenos, no se los ha enseñao a usté?

—¿Pero también bordas, Guadalupe?

—¡Cosas de mi padre! ¿Pa qué tiene usté que decir ná?—dirigiéndose a él con señales de un gran disgusto. Y luego, encarándose conmigo: — Le voy a

enseñá algo de lo que bordo, pa que usté se ría.

A los dos minutos, sino antes, apareció de nuevo, con una tohalla, como la nieve de blanca, en sus manos, y me mostró unas grandes letras muy rameadas, que se perdían entre hojas, tallos y carolas de fantástica exuberancia.

El bordado, en blanco casi todo y con finos colores, en parte, tenía una ingenua delicadeza encantadora.

—¿Y de estas filigranas, quién ha sido tu maestra?

Me respondió el tío Jeromo:

—Ella sola, señorito. Digo yo que tó se herea, y su madre, que en pas esté, tenía unas manos, que ni pintiparás, pa jacer figurinas en las telas. ¡Si levantara los ojos y viera a su hija cómo está!...

La tristeza del recuerdo nos puso serios a los tres, un rato. Luego, el tío Jeromo se marchó a sus quehaceres interminables, y yo, absorto no sabía con qué preocupaciones, salí fuera de la casa, y me dirigí solo, a campo traviesa, por entre el encinar.

En calma todo, la mañana aparecía sumida en un profundo sueño de quietud.

De pronto me sorprendió brusco y sonoro, el ruido de una pareja de perdices, que se levantaron delante de mí, agitando sus alas con estrépito. Como si conociesen que no llevaba escopeta, a pocos metros, en una hondonada, se pararon, y como yo iba en aquella dirección, ví subido en una piedra al macho, erguido y majestuoso, presentando al sol la rebruñida coraza de su pechuga, mientras la hembra picoteaba tierrecilla, allí junto. Como cazador, en verdad que me estaba perdiendo un ti-

ro magnífico. No lo sentí. Me quedé parado, viendo a los pájaros, inspeccionando curioso todos sus movimientos, gozando esa misteriosa y dulce sensación que produce un espionaje caprichoso e inocente. Y estoy seguro de que, aunque hubiera llevado la escopeta en aquellos momentos no me hubiese atrevido a sorprender con la crueldad de un feroz fogonazo, el idilio de la pareja. Sin duda no pensaron así las perdices, porque rápidas como flechas las ví, una detrás de la otra, correr por entre las matas, dejando en mi retina, cual un reguero de sangre, el brillo rojo de sus patas duras y agilísimas.

Seguí el improvisado paseo, hacia adelante, y recostado en un tronco de encina, algo cansado ya, me quedé contemplando cuanto me rodeaba. Todo quieto, todo callado, todo insensible, en apariencia; el sol, los árboles, las matas, las hierbas humildes, alfombrando el suelo... De vez en cuando, unos pájaros cruzaban el aire, y en el aire se perdían, cantando.

¿Qué era yo, callado y meditativo allí, frente a la serena y mansa armonía del campo? Sonreí ante esta pregunta que me nació en el alma. ¡Que quién era yo! El amo, el señor absoluto de todo aquello. Con sólo yo quererlo, los árboles centenarios, de troncos como columnas vivas e incommovibles, a los seguros golpes de las hachas, vendrían abajo y se convertirían en un montón de leña para la lumbre. Podía mandar que descuajasen aquellas matas, que matasen todos los animales de la deshesa, que arrasaran y exterminaran cuanto en Los Chaparrales había... ¡Que quién era yo!...

El sol, en todos sus magníficos deslumbramientos, y el aire, que entonces bramó enfurecido, entre las altas picollas, me hicieron entrar un poco en razón, y ver el orgullo de mi supuesto poderío.

Con el aire, sentí un tintineo de esquilas, y mirando hacia donde sonaban, vi a las cabras, unas puestas de pie, roneando en los árboles, y otras, más atrevidas, subiendo por los troncos arriba, encaramándose en lo más alto.

Basilio, el pretendiente de Guadalupe, era quien las guardaba. Tan pronto como me vió, y para mejor dar muestras de su celo pastoril, redobló el caudal inagotable de sus interjecciones pintorescas, y restabló con más fuerza la honda, y aligeró a las cabras, como si en plazo fijo tuviesen que llegar adonde yo estaba. Orgulloso, lo mismo que general que presenta sus tropas, hizo a los animales que desfilasen, tan cerca de mí, que algunas hasta me rozaron los pantalones.

—¿Qué le parece el ganao, señorito?

—Que está muy gordo y muy bien, Basilio.. ¡Eres un cabrero formidable!

—¿Er que me ha dicho usté?

—Nada, que vales más que pesas... y no pesas poco.

—¡Ah, ya!... Como uno no entiende de latines...

Alto y recio, moreno, más bien negro, Basilio, lleno de vanidad profesional ahora, se alejó con las cabras, haciendo verdaderas filigranas en su mando, para que yo le viese.

¿Y qué, qué fué lo que me entró a mí por el cerebro, y me nubló los ojos, y me hizo cerrar los puños con rabia, cual si estuviera estrangulando a un enemigo de muerte?

Igual que un relámpago, brotó en el fondo de mi fantasía un cuadro, que me cegó de indignaciones:

Basilio, fuerte, hercúleo, bruto y casi salvaje, apretaba entre sus brazos el cuerpo delicado y bellissimo de Guadalupe, y ¡horror!, con su fea caraza arriada a la flor lindísima del rostro de la muchacha, la besaba frenético en los ojos, en los labios, en las mejillas arreboladas de inútiles pudores.

¿Por qué, por qué aquella escena de sensualidad, nacida en mi imaginación exaltada, hizo que todos mis nervios vibrasen desatados y convulsos?

Me pasé la mano por la frente. Quise reirme de mis locas imaginaciones, y no pude hacerlo. Todo el camino, de vuelta hacia la casa, iba preocupado y aturcido, como si sobre mi cabeza aleteara una desgracia inevitable.

V

Y en verdad que fué desgracia, y grande, la que se me vino encima. Porque desde aquel día, me di yo cuenta de que Guadalupe no sólo me inspiraba simpatía, sino algo más transcendental y más íntimo. Al par que hablaba con ella de cosas fútiles e inocentes, me iba gustando mirarla, y más si ella no se daba cuenta de mi atención, para meter su figura en mis ojos, con fuerza, y para gozar en la visión que me llenaba el alma de malsanos goces.

Hecho yo, por entonces, a la manera de pensar a que se acostumbra en el siglo, a aquella pasión que me entró por la hija del tío Jeromo, la llamé con el nombre de amor. ¡Amor! La palabra santa, henchida de bellas generosidad-

des inagotables, de ansias puras y nobilísimas, de hechiceros ensimismamientos subyugantes y magníficos, la apliqué yo, sin reparo alguno, a mi pasión bastarda y egoísta.

Cuando se estaba operando esta transformación en mi ánimo, como llovía del cielo vino a mi casa una carta de mi hermano, en la que me anunciaba unas grandes fiestas que iban a celebrarse en Madrid, y de las que yo tenía ya noticias por la prensa. ¿Qué hacer?

Los primeros impulsos, no puedo negar que fueron buenos, hasta cierto límite. Y digo esto, porque, recibida la carta de mi hermano, hice enseguida propósito de abandonar Los Chaparrales, pero no por huir del peligro moral de que me veía amenazado, ni mucho menos, sino porque me pareció que era indigno de mi rango y de mi clase, el hallarse casi entusiasmado con una mujer, que era mi criada, y que aunque bella, y apetecible para los sentidos, no podía poseer los atractivos secretos de aquellas otras, refinadas y sutiles, mis «amigas» de Madrid, maestras en las diabólicas artes donde el placer llega a todos los agotamientos.

En la ocasión de ausentarme, cuando ya me decidía a enténdermelas con el administrador, para ajustar cuentas y llevarme la mayor cantidad de pesetas que pudiese, para la Corte, donde todas eran pocas, entonces fué cuando me di cuenta exacta del interés que me inspiraba Guadalupe, y de cómo aquello que yo llamaba amor, un amor ocasional nacido en el fondo de mi alma romántica, alentadora de los más extravagantes pensamientos, bajo aquel ambiente propicio de soledad campesina,

era un atractivo poderoso, que me envolvía entre redes enmarañadas, un cebo maligno, que yo mordí incauto, y que me había clavado en las entrañas el anzuelo que me tenía asido y sujeto de modo inevitable.

Y, como hice propósitos de aplazar el viaje a Madrid, me dediqué a convencerme a mí mismo, de que la nueva resolución no era una grandísima insensatez.

El demonio de la sensualidad, que también tapada y oculta me puso la tentación, hizo que brotaran en mi cabeza los más lógicos raciocinios del caso.

Así era Guadalupe: más bien baja que alta, de estatura; de talle fino, cimbreante y garboso; blanca de color, aunque la cara y las manos las tuviera obscurecidas por el sol y los aires, lo que hacía más codiciadas las ocultas blancuras; de ojos castaños, con reflejos negros, dulcísimos, y relampagueos de oro y de llamas; de pelo rizado, oscuro sin llegar a negro; de frente ancha y señorial; de mejillas coloradas y gordezuelas, sin exageración; de boca rojísima, pequeña cuando la fruncía mimosa y grande cuando la abría en todo su poder, a las locas risas, henchidas de gorjeos deliciosos, entre la nitidez incomparable de la dentadura, algo desigual por delante, como si aquellos huesecillos enmarfilados no hubiesen podido permanecer iguales y simétricos ante el tropel de tanta alegría desatada... Y dentro de la cáscara jugosa y fresca de aquel cuerpo, agitábase retozón y bullanguero, un espíritu fácil a las expansiones, impresionable a todo, más inocente que picaresco,

límpido, y claro, y transparente, como el cristal.

A través de los años transcurridos, hoy, como en un espejo fidelísimo veo a Guadalupe, y ante su figura me lleno de respeto, y ante su imagen se me nublan los ojos con las lágrimas.

Después de haber escrito lo que antecede, siento recelos, como de una profanación, de seguir narrando mi villano comportamiento con una mujer que, feliz y honrada, vivía en aquel pequeño mundo de Los Chaparrales, soñando humildes sueños de paz y de ventura.

Para orear el alma, y salirme fuera de este calabozo de recuerdos en que la tengo sumida, hoy, he seguido mis lecturas minuciosas en el archivo.

Vasco de Souza, de ilustre familia condal portuguesa, perteneciente a la casa de los marqueses de Guadalcazar, es uno de los ermitaños antiguos, de que se guarda memoria.

Vivió en esta sierra a últimos del siglo XIV y principios del XV. Después de haber vivido treinta años en Italia, dedicado a la vida penitente, al sitio de la Albaida se vino, y en la soledad de su choza, siguió ejercitándose en el sacrificio y en la oración. Algunos autores dicen que él es el iniciador de ese cristiano saludo que tantas veces, aún hoy día, es repetido por los pobres en la imploración de sus limosnas: «Alabado sea Dios», y de la repuesta: «Por siempre sea alabado y bendito».

Muchos años tuvo fray Vasco el pensamiento de fundar un convento de Jerónimos, y en el mil cuatrocientos ocho, se vieron cumplidos sus deseos, pues

una ilustre señora, doña Inés de Pontevedra, abuela de don Pedro de Córdoba y Solier, obispo que fué luego de Córdoba, en ocasión en que éste su nieto se hallaba enfermo de gravedad, y discurriendo qué obra meritoria, a los ojos de Dios, llevaría a cabo, enterada de los proyectos de Vasco de Souza, le ofreció su huerta «Valparaíso», y en esta huerta fundó el ermitaño el anhelado convento de Jerónimos, famoso por sus bellezas de arquitectura, y porque en él se emplearon materiales de las ruinas de Medina Azahara: la Medina Azahara asombrosa de los Califas cordobeses; el alcázar donde triunfó el amor con las más ricas galas, y la más bella suntuosidad, y el más refinado gusto, de que existe memoria, en el mundo entero, a lo largo de los siglos. Trocado hoy día en mansión señorial de aristócratas cordobeses, los marqueses del Mérito, que lo han reedificado y embellecido, aún existe el convento de los Jerónimos, en el que su fundador Vasco, ordenóse de sacerdote y se hizo cenobita, y donde vivió hasta los ciento doce años edad.

Por la misma época de este ilustre portugués, vino a la sierra de Córdoba Rodrigo el Lógico, de quien se dice que fué maestro de un Príncipe real de España. Como los cortesanos quisieran tentarle en su virginidad, que él apreciaba en mucho, con una mala mujer, Rodrigo se encaminó a este retiro santo, sin más equipaje que una Biblia, y aquí vivió pobre, durmiendo en el suelo, comiendo una sola vez al día, y como únicos manjares, hierbas y legumbres. Estas no las adquiría de limosna, sino con el trabajo de sus manos, hacien-

do espuestas, canastos, cucharas y otros objetos.

Bajo la obediencia de Rodrigo el Lógico, vivió otro ermitaño notable, Martín Gómez, natural de Córdoba. Este, separado de su mujer, para dedicarse ambos a la vida de castidad y de penitencia, hizose ermitaño, viviendo también, pobrísimamente, del trabajo de sus manos, hasta que sufrió un ataque de perlesía, que sobrellevó, con resignación heroica, durante cinco años. En mil cuatrocientos cuarenta y cinco, de más de cien años de edad, murió Rodrigo el Lógico, y en mil cuatrocientos sesenta y cuatro, como toda su vida, alabando a Dios, falleció Martín Gómez, su discípulo.

De otro notable ermitaño, cordobés de nacimiento, encuentro datos interesantes: Fernando de Rueda, hombre rico, el cual proyectó fundar con su capital un monasterio, donde pudiesen cumplir los mandamientos de la Iglesia, todos los anacoretas dispersos en las cuevas de los contornos. En el año mil cuatrocientos diecisiete logró sus ansias, comprando la huerta de «La Arruzafa», llamada ya así en tiempos de los árabes, y donde es tradicional que Aderramán I sembró la primera palmera que hubo en España. En la compra y en el edificio se gastó Fernando de Rueda cuanto tenía, y en el convento por él fundado vivió sus días santamente. San Diego de Alcalá profesó también en este convento; después de haber sido mucho tiempo ermitaño, en la llamada «Cueva de San Diego», que aún existe en la Arruzafa.

Dadas las extraordinarias virtudes de aquellos varones ejemplares, que habi-

taron en esta serranía de Córdoba, es natural que Dios premiase, aún en esta vida, con gracias preciadísimas, el buen servicio de sus solitarios adoradores. Uno de ellos, cuyo nombre no ha podido averiguarse, habiendo bebido el agua de una fuente que junto al Arroyo de los Moros manaba, al pie de un cabrahigo, porque tuvo fe de que ese agua, conocida ya como milagrosa, iba a curarle la hidropesía de que estaba enfermo, fué curado en efecto. Y cuando volvió a su retiro de la Arruzafa, oyó una voz que le decía: «Sabrás que en aquel cabrahigo que allí existe, dentro de él está una Imagen de Nuestra Señora la Virgen Maria, que un devoto cristiano encerró dentro de él, por un cóncavo que tenía, el cual después cerró la naturaleza; por la cual Imagen obra Dios tantos milagros con el agua que mana en sus raíces, y te es a ti revelado para que vayas a decirlo al Prelado».

Este es el origen de la Virgen de la Fuensanta, imagen muy venerada en Córdoba todavía, y famosísima en la antigüedad, por los prodigios que realizarara entre los peregrinos que concurrían a Ella, de todo el mundo.

En una de las cuevas de la Albaida vivió Mateo de la Fuente, cordobés, y en vista de que la fama de sus virtudes se extendía por la ciudad, y de todo iba siendo conocido, huyendo de la vanidad que esto pudiese acarrearle, internóse más en la sierra y llegó hasta cerca de Hornachuelos. Allí, en un espeso monte, vestido de saco y delcalzo, siguió sus penitencias. Aconsejado del Beato Juan de Avila, acogió en su compañía a otros anacoretas que quisieron seguir los pasos de Mateo. Este, ha-

biase trasladado al monte Tardón, lugar si cabe más abrupto y aislado que el otro en que antes tenía su vivienda. Y, así, entre matorrales salvajes y toda clase de alimañas, vivía él con sus discípulos, en chozas por ellos mismos fabricadas, con un pedazo de corcho para la puerta y otro para el lecho.

En vista de que el Padre Mateo vió aumentada su grey, acudió al Ayuntamiento de Córdoba, y éste le concedió terrenos en los que los ermitaños edificaron una iglesia. Ellos, se mantenían de los trabajos de labranza. Y por indicaciones de San Pío V, que se admiró de que en su tiempo hubiese ermitaños del estilo de aquellos de la Tebaida y Palestina, el Padre Mateo de la Fuente fundó el monasterio del Tardón.

Dos varones de virtud extraordinaria, que después fueron carmelitas notables de la reforma, estuvieron en la compañía del padre Mateo. Fué uno de ellos el padre Mariano de San Benito, confesor de Santa Teresa de Jesús, y el otro el hermano Juan de la Misericordia, célebre porque pintó el retrato de la Mística Doctora. Cuando esta lo vió, con su gracejo natural, dijo: «Dios te lo perdone, fray Juan, que después que me has hecho sufrir lo que Dios sabe, me has sacado lagañosa y fea».

En Agosto de mil quinientos setenta y cinco, murió el P. Mateo, mortificado por muchos achaques que se acarreó con las duras penitencias y trabajos.

En lo más alto del cerro llamado «El Rialejo», junto al «Rodadero de los lobos» fué autorizado por el Ayuntamiento de Córdoba el ermitaño Gaspar de los Reyes, natural de Málaga, para edificar una ermita, muy cerca del lugar

donde las actuales se levantan. Además, se le autorizó para que, al pie de la ermita, pudiese tomar tres celemines de tierra de sembradura. Esto ocurrió en mil quinientos ochenta y dos; y en mil quinientos ochenta y ocho otro anacoreta, Damián de Lara, de familia ilustre de Bujalance, con la correspondiente licencia, edificó en el mismo cerro, la segunda ermita. Estos dos ermitaños, el primero de los cuales puede considerarse como fundador de las Ermitas de hoy, enclavadas en el mismo sitio, vivieron primeramente en cuevas de la Albaida, y buscando un lugar más retirado, fuerónse luego a habitar en lo más alto de la sierra.

¡Cómo fortalece y recrea el alma, el altísimo ejemplo de aquellos antecesores nuestros, maestros en toda cristiana virtud, y hábiles buscadores de medios ingeniosos con que mortificarse y humillarse!

Por fortuna poseemos datos completos y detallados de muchos hermanos de vida solitaria de aquellos años a que nos venimos refiriendo. Juan Undiano, un sacerdote navarro que a esta sierra cordobesa vino el año mil quinientos setenta y seis, escribió las memorias de ellos. Leyendo las páginas de Undiano, que también fué ermitaño ejemplar en la Albaida, vemos que recorrió todas las cuevas, los monasterios y las chozas habitadas por penitentes eremitas. Y dice, que él vió que ninguno comía carne, ni pescado, ni huevos, sino pan y legumbres, una sola vez al día, quedando admirado de las mortificaciones de todos y de la soledad en que vivían, no viéndose unos a otros sino en casos de necesidad extrema.

Martín de Cristo, a quien de modo muy extenso se refiere en sus escritos Juan Undiano, nació en Córdoba, y en la Albaida, y en una profunda cueva, y después en una choza, fué donde más tiempo vivió de ermitaño. Una cruz de palo, cilicios y disciplinas, una cazuela, una sartén y un cantarillo de barro. Este era todo el mobiliario de su habitación, junto con la cama, si es que puede llamarse así a un pedazo de estera vieja y a un pellejo.

Cuando Martín de Cristo por sí solo aprendió a escribir, copiando la letra impresa, compuso estos versos:

«El mundo es puente de viento,
quien vive, pase con tiento.
Si vas, monge, a la ciudad,
do hay estruendo de batalla,
y en todo tiempo y lugar
si quieres aprovechar
usa el corazón guardar,
baja los ojos y calla.
Y si continúas en esto,
será tu bien tan jocundo
y tan quieto de recelos,
que serás sabio en el cielo
por ser loco en este mundo».

Y estos otros, muy notables también por su ingenuidad en la forma y por el profundo sentido que encierran:

«Escuderos muy continuos
en la casa de nuestro gran Padre Dios,
son todos los religiosos
y toda la Clerecía;
empero secretarios y camareros,
Maestresala y Mayordomo mayor,
en la casa de nuestro gran Padre Dios
son contemplativos quietos.»

Tan querido era en Córdoba este hermano Martín, que cuando murió, acudió a venerar su cadáver gran número de gente, llevándose como reliquias

pedazos de su hábito y cuanto hallaron en la choza.

Grogorio López, natural de Madrid, vino también por entonces a hacer vida de penitencia, a esta sierra, y a los cinco años se dirigió a Méjico, con el propósito, que ejecutó, de implantar en América la vida de los anacoretas.

Gracias al padre Juan de Undiano, el sacerdote navarro, que escribió las memorias de varios hermanos suyos de penitencia, conocemos muchos detalles de estos de que hemos hablado, y del padre León, Juan Enríquez el hermano Luis y Luis de Venegas, este último hijo de los señores de la Albaida.

¡Bendita, venerada sierra de Córdoba, entre cuyos vericuetos, como águilas gigantes de oración, anidaron tantos y tantos varones egregios, hermanos míos, que ahora me ofrecen el ejemplo de sus vidas, como un puente de luz por donde ellos, despegados de la tierra, caminaron, fijos los ojos en la Altura inconmensurable de las cumbres eternas!

VI

Sigo, ahora, hablando de mi propia vida mundana, y voy a cortar el paso decisivo que di, encaminado ya con rumbo a mi desventura y a la desgracia de Guadalupe.

Tal vez aquel día no quise yo ir tan lejos en mis atrevimientos, porque aún no estaba seguro de cómo serían recibidos estos por la muchacha, que en ocasiones parecía inspirarme confianzas exajeradas, y casi siempre se me mostraba digna y bien puesta en el terreno firme de su dignidad.

Al salir el sol, o muy poco después,

había ido yo de caza, aquella mañana. Estaban descuajando una parte de la dehesa para sembrarla de trigo al año siguiente, y como ya casi estuviera terminada esta faena, en las pocas suertes que quedaban de matorral, me dijo el tío Jeromo que podrían matarse muy bien unos conejos, echando un ojeo con Centella, una perra blanca y negra que yo tenía entonces, y que era el *non plus ultra* en eso de colarse por entre los jarales y las madroñeras, y traerme a tiro, con ladridos entrecortados de gran alborozo, las piezas a porrillo.

Habían ya talado las matas, en algunas suertes, pero no habían quemado los restos de troncones, ni los habían arrancado de raíz, y lo mismo que afilados cuchillos quedaban en el suelo restos de la vegetación, que cortada al sesgo, por su base, dejaba al aire grandes trompicos aguzados, que así quedaron, de los golpes de hachas y corvillos. Las que fueron matas de jara y madroñeras, sobre todo, eran un verdadero peligro al andar, no obstante llevar yo puestas unas recias botas de campo.

El tío Jeromo, ducho en todo este género de dificultades campesinas, se reía de mi torpeza, haciendo ingenua gala de su despreocupación, y de su facilidad para meterse, como por un barbecho, por entre los peligrosos restos del monte, que parecía defenderse, a la desesperada ya, con aquellas pequeñas lanzas soterradas y traicioneras, de la intromisión que se le venía encima, de azadones y rejas, mortales enemigos de su vegetación libre y desbordada, sin complicaciones ni travas de ninguna especie.

Llegamos a las manchas, tras no po-

cas dificultades por mi parte, que ya iba renegando de todos los conejos habidos y por haber, y en la primera de ellas, que era un cuadro irregular de media fanega de tierra, poco más o menos, nos colocamos, escopeta al brazo, en los sitios más estratégicos, teniendo muy en cuenta la dirección del aire, para que la caza no ventease nuestra presencia, y subidos en pequeños canchales que allí había, para mejor dominar el terreno.

Como loca se volvió Centella tan pronto como la dimos orden de que comenzase su husmeo por entre el matorral, y cual si quisiera dar pruebas inapelables de la justicia de su nombre, pegado el puntiagudo hocico al suelo, seguía el zis-zás de los rastros, por las pequeñas veredas abiertas entre la jara, y muchas veces, se agazapaba escuriéndose por entre las matas con asombrosa elasticidad.

Pocos minutos pasaron, y en seguida, los entrecortados ladridos de la perra nos hicieron ponernos en guardia, levantando el gatillo de la escopeta, prontos a la descarga. Igual que una flecha, grande como un perro, pasó junto a mis pies un conejo al que no pude ni encañonar siquiera, porque no tuve tiempo más que de verle dar la vuelta a la piedra en que yo estaba subido, y colarse otra vez en la mancha de donde salió, con la misma celeridad prodigiosa.

Herido en mi amor propio, me volví todo ojos para mirar como un lince cuanto tenía delante, y todo oídos, a la escucha del más mínimo tarameo que sintiera allí junto.

Aunque no tan grande como el cone-

jo anterior, tan poco era desperdicia-
ble el que ví caminar frente por frente
a donde yo me hallaba, por una vereda
de cabras, y pararse aculado, cual un
pájaro bobo, meneando los hocicos y
las largas orejas enhiestas, como si me
estuviese haciendo guiños de burla y
desafío. No quise matarle tan a boca de
jarro. Hice un pequeño movimiento pa-
ra espantarlo, y al ver que se lanzaba a
la carrera, disparé con tan cierta pun-
tería, que entre la humandera del tiro,
le ví al pobre animal agitarse convul-
so, panza arriba, moviendo vertiginosa-
mente una de las manecillas, como
si tocase la guitarra, y dando agudos
chillidos agónicos, para quedar en se-
guida rígido e inmóvil, al aire los
aguzados dientecillos, por entre los
que se escapaba una leve espuma san-
guinolenta.

Así como antes sólo de reojo me atre-
ví a mirar al tío Jeromo, para no aca-
bar de ver su sonrisa pícaro y burlona,
ahora, con el conejo en la mano, levan-
tado en alto como un trofeo, de hito en
hito me encaré con él, arrogante y orgu-
lloso de mi puntería.

Cuando después de haber cazado
aquella y otras dos manchas más, llevá-
bamos cobradas cinco piezas, decidi-
mos dejarlo por aquel día, y volver a
casa, en contra de la voluntad del tío
Jeromo que decía, y con razón, que en-
tonces era la mejor hora de la caza. No
me hacía mucha gracia volver a casa
por entre aquel laberinto de troncos
de jara a medio cortar, que a la ida ha-
bíamos atravesado, y acordé, no obs-
tante ser más largo el camino, coger el
arroyo abajo que por allí cerca pasaba.
Esto hice, cargando el tío Jeromo con

las escopetas y los conejos, y yéndose
él solo por donde antes fuimos.

Bien puso el diablo de su parte esta
ocurrencia, para tenderme la red de
perdición entre cuyas mallas había yo
de caer definitivamente preso.

Como a medio kilómetro de la casa
de Los Chaparrales pasaba el arroyo
cuyas márgenes yo seguía, y al llegar
al punto donde tenía que dejar aquel
camino, me ví sorprendido con la gra-
ta visión de Guadalupe, que allí se en-
contraba lavando. Hizo un gesto de ex-
trañeza la muchacha al verme, y se mi-
ró de arriba a abajo avergonzándose de
estar así, ligera de ropa: con los brazos
al aire, amplio el escote de la blusilla,
las sayas muy cortas, delante de mí que
con ojos ávidos la contemplaba sonrien-
te, gozándome en aquella inspección
inesperada.

Iba cansado de veras, que no había
sido corta la caminata, pero no me ha-
llaba en el caso extremo de sentarme a
reposar, haciendo un alto en la marcha.
Sin embargo, me senté, y precisamente
cerca de Guadalupe, a un lado de don-
de ella lavaba. ¡Qué bella, qué bella es-
taba, arrebolado el rostro, restregando,
y zambullendo con estrépito, en las
aguas cristalinas del regato, las blan-
cas telas, de entre cuyos pliegues sa-
lian como por arte de encantamiento,
borbotones de espuma que se escapaba
deshecha, resbalándose y escurriéndose,
envolviendo entre leves y fugaces per-
las fantásticas, las primorosas manos
de la moza!

Con haber pasado tantas veces por
aquel paraje, nunca, como entonces, me
dí cuenta de su hermosura. Por el lado
del norte, un bosque tupido de alcor-

noques cerraba el cuadro, y eran las copas de los árboles el fondo verde, y los troncos, pelados y rojos, como en carne viva, las columnas caprichosas sustentadoras de aquel fondo, que lo era de todo el cuadro allí palpitante y pleno de idealidad. Las márgenes del arroyo, ocupábanlas espesas y enredadas zarzas de las que caían racimos de moras sin madurar, de un color rosa pálido. También había lentiscos, y abundantes helechos, y poleos olorosos, y manzanos y peralillos silvestres, que crecían feraces en la humedad de la tierra y entrelazaban sus ramas, y parecía que tenían puja abierta por ver quién más se acercaba al agua y zambullía sus hojas en la corriente.

Adorno y sombra de toda aquella vegetación, vistiendo los troncos y engalanando las ramas, entremezclándose hasta por entre el enmarañado espinoso de las zarzas, verdes de un verde exuberante y pomposo, las enredaderas subían en sus tallos de alambre, cubriendo con guinaldas caritativas y humildes los troncos desnudos de los alcornoques. El piar escandaloso de los mohinos, de largas colas, blancos y cenicientos, y la algarabía de los alcaudones rabiosos, y el silbido dulcísimo de los negros mirlos ocultos entre la espesura, junto con el arrullo blando y sonoro de las tórtolas y las palomas torcaces, y el jubiloso correr del agua; todo esto, ruido, y bulla, y armonía espontánea del paisaje, abierto a los milagros de la luz solar, como una ráfaga de naturaleza pujante y briosa, se me entraba, por las ventanas de los sentidos, en el alma.

Pero, más que todo aquello, miraba yo y remiraba a Guadalupe, que muy

metida en su tarea, de vez en cuando se levantaba a tender lo lavado, siguiendo conmigo una conversación fútil y sin objeto, que habíamos emprendido. Ya iba a marcharme, y viendo caer el agua, canalizada en un corto trecho por unas tejas de corcho, pulidas y alisadas por la misma corriente, me dieron ganas de beberla así, de bruces sobre el canalillo rústico y limpio, como un jaspe. Me incliné con esas intenciones, y apenas logré otra cosa que mojarme los picos de la chaqueta, y dejar caer un lápiz, unas llaves, una pipa, y no sé cuantos objetos más que en el bolsillo superior de la americana, guardaba. Mientras que a prisa me levanté, enderezándome de la posición en que me hallaba, y comencé a recoger entre el agua lo caído, oí la risa cascabelera de Guadalupe, y, secándose las manos con el mandil, vi aproximarse a la muchacha y coger de sobre unas hierbas, un primoroso cuenquecillo, de corcho, pero tan labrado y pintarrajeado de labores, que era una filigrana.

—¿Por qué no me dijo usted que quería beber, señorito Paco? Aquí no tengo vaso, pero con esto se babe más a gusto que a pechos.

Y se fué unos metros más arriba, y de un chorro que caía entre peñas, como si allí mismo las rompiera el agua para hacer que la fuente brotase, pura y cantarina, llenó el cuenquecillo, después de enjuagarlo, y me lo ofreció sencillamente obsequiosa y sonriente. Fresca y sabrosa de verdad me supo el agua, y mientras que ávidamente bebía, tuve mi vista clavada en Guadalupe, y todo mi ser puesto, como en una lumbré, en los ojos cariciosos de la moza.

—¿Quiere usted más?

--Sí, dame más agua. He andado mucho, y traía una sed...

Y no me quitaba, no, la sed aquella. Raro, extraño el efecto que me produjo la bebida. En vez de refrescarme y aplacar el interno ardor que me devoraba, más aún se me secaron las fauces, como si dentro de mí hubiese un horno inextinguible, cuyo fuego me fuese poco a poco sumiendo entre esos calores inexplicables, que por todo el cuerpo me invadían.

Inquieto, ciego con la ceguera de los sentidos desbocados, me aproximé aún más a Guadalupe, y la dije, arrojándola al rostro las palabras silbantes, con el aliento:

—¿Y si yo quisiera que me diceses otra cosa, me la darías?...

Tembló la moza, y quedóse como alelada ante mi actitud. Y entonces, loca ya, la apreté entre mis brazos, y busqué, furioso, su boca con mi boca. Contuvo ella con una mano en mis labios, mis deseos, y con agilidad y energía indomable, se desasíó de mí. Blanca, blanca como el papel se me quedó mirando, con un gesto altivo de soberano desprecio. Y, como yo de nuevo intentara abalanzarme a ella, se agachó, cogió del lavadero el blancuzco trozo de jabón que allí tenía, y me lo arrojó a la cara, dándome en la ceja, tan cerca del ojo, que por poco me lo salta. De la fuerza del dolor, me tambelé al punto de casi caerme, y en una peña saliente me quedé sentado, con las manos en la parte dolorida, y un ¡ay! de angustia anudado en la garganta. De que hubo pasado algo el susto y el efecto del golpe, me aproximé al regato y me estuve

echando agua fresca en la cara, secándome luego con el pañuelo. En un remanso de la corriente misma, que me sirvió de espejo, me vi principios de hinchazón en torno al ojo derecho, y éste, inflamado e inyectado en sangre, llorándome sin cesar.

A pesar de que dentro de mí, bramaba furiosa mi soberbia pisoteada, no dije ni una palabra a Guadalupe. Altanero, erguido, comiéndome los insultos que me querían salir por la boca, a borbotones, me puse el sombrero y cogí el camino de la casa.

Allí junto al arroyo, sentada en el suelo, con la cara entre el mandil, quedóse Guadalupe, llorando con hipidos nerviosos, anegada en desconsuelos.

No quise volver la cabeza para mirarla.

VII

CON tal fijeza se grabaron en mi ánimo los detalles todos referentes a mis relaciones desventuradas con Guadalupe, que ahora, al referirlos por escrito, resucitan dentro de mí, tan frescos y puntualizados, como si ayer mismo hubiesen ocurrido. ¡Y qué triste y doloroso el calvario de amarguras que va pasando mi corazón, al reproducir en la memoria los trances de mi malvado proceder!

Lo mismo que cuando se comete un crimen, la justicia encargada de esclarecerlo y condenarlo, antes de dictar el fallo, procede a la reconstrucción del delito, por sus pasos contados, así yo ahora, después de saber el trágico final de mi punible comportamiento, voy en estas líneas aquilatando los extremos todos.

(CONTINUARÁ)



"CARTAS A UNA MUCHACHA"

POR ANGEL OSSORIO

ESTA vez, no son epístolas amatorias, henchidas sólo de humo de corazón. Las muchachas españolas han recibido unas cartas que tal vez tengan menos resonancia en su pecho, que las acostumbradas.

Pero las cabecitas que adorna la graciosa melena, habrán sentido gravitar sobre sí el peso de una útil preocupación... aun para las más preocupadas con el sueño divino, y humano, de la juventud.

El gran político, el gran jurisconsulto, el gran periodista D. Angel Ossorio y Gallardo, esta vez, como tantas otras veces, ha sabido atraer la atención del gran público. El alma de la toga, ha vibrado nuevamente dentro del alma de la toga de Ossorio.

A un lado la rigidez y el empaque tribunicio. La letra árida y adusta, encierra un alto espíritu tierno, jugoso y dulce. Y las pupilas bellas, soñadoras de anhelos, de las mujeres de España, se han encontrado con el sabroso regalo—útil y amable—de estas cartas del mejor abogado español que, con llave de bondad y de sabiduría, ha abierto el *secreter* de las muchachas ingenuas, y sobre el paquete de retratos y de cartas encendidas de cariño; sobre la novela de moda o el lindo devocionario de dorados cantos, ha depositado un libro nuevo: «Cartas a una muchacha sobre temas de Derecho civil.» Los

hombres, muchos hombres, habrán sentido el tambaleo del empujón, ante esta galantería paternal, valerosa y dulce, del gran don Angel Ossorio, sociólogo meritísimo, abogado definitivo, político batallador, y poeta original y práctico. Un poeta que escribe a las muchachas unas cartas así:

CARTA I

Querida Carmencita: Demasiado sabía yo que una chica de tu garbo, de tu cara y de tu sal, había de tener moscones a docenas. Igualmente presumible era que alguno de los moscones te cayese en gracia, determinándote a oír su zumbido con la mayor frecuencia posible. Pero lo que no se me había ocurrido descontar era que tomases *la cosa* tan por lo serio y pidieses consejo y guía sobre el matrimonio y, en general, sobre la situación de la mujer a este viejo abogado que, si no te vió nacer, es porque esas cosas no se hacen en público, pero que pudo verte por ser ya entonces añeja y efusiva la amistad que me unía a tus padres

Mi sorpresa no arranca de que tu iniciativa sea, como temes, chifladura o pedantería, sino de que una gestión tan discreta es, entre nosotros, absolutamente desacostumbrada y todas las muchachas ignoran lo que tú quieres saber. Verdad que así salen luego los matrimonios.

No me vayas a tomar por un dómine gruñón o por un místico apartado del mundo que se empeña en casar a la gente a fuerza de Teología y de conceptos jurídicos. Muy al contrario, no concibo que se emprendan unas relaciones amorosas sino por la fortísima razón del «me gusta». Es decir, que el germen del matrimonio es «el flechazo».

Si lee esto algún *padre grave*, se apresurará a calificarme de materialista y adorador de la belleza física. Y no es verdad. La belleza *por sí sola*, no es apoyo ni garantía de la felicidad conyugal, porque la dificultad en el matrimonio no está en que «el otro» sea guapo o feo, sino en que es siempre *el mismo*. Calculo que el moscón preferido será guapísimo, bien plantado, con el pelo ondulado, con dentadura de chacal sano, ágil y fuerte, dotado, en fin, de las cualidades de Adonis, aunque, naturalmente, atenuadas por el flexible y la *trinchera*, prenda esta última que Dios permitió inventar para demostrar hasta donde puede llegar la memez de los hombres.

Pues bien: en un abrir y cerrar de ojos, ese lindo mancebo poseerá una panza como un tonel, o estará arrugado como una momia, y tendrá pelado el cráneo, y se le caerán los dientes, y sufrirá lumbago y dolor de estómago... Vaya, quedará hecho una compasión. No obstante, como tenga corazón y talento, a ti te seguirá pareciendo la imagen de Cupido. Tú misma, tan *marcho-sa* y guapita como eres, tendrás... pero ¿para qué voy a afligirte echándote a la cara un programa de patología femenina? Con que adivines que no podrás mantenerte *estilizada* como ahora y que

no *conservarás la línea*, ya te haces cargo de todo lo que me callo. Y ¡ay de ti! si cuando eso llegue no te las has arreglado para tener a tu esposo metido en un bolsillo a fuerza de virtud y de ingenio. Mas aun cuando conservaras tus encantos incólumes hasta los ochenta años, como una Ninón de Lenclos con vergüenza, sería lo mismo. La convivencia perpetua es lo difícil, con una guapa lo mismo que con una fea. El sentimiento, la inteligencia y la educación conservan felices a las parejas humanas. Lo demás se lo lleva el viento.

Pues entonces—me dirás—¿qué es lo del flechazo? Muy sencillo. Con lo del flechazo quiero decir que al principio del noviazgo ha de estar una ley de atracción simpática. El «me gusta» no es todo, pero sin el «me gusta» no se debe comenzar nada. Después viene la reflexión, el estudio de los caracteres, la consideración de circunstancias familiares y económicas, la obra, en fin del raciocinio, porque no somos animales de instinto. A veces, estas consideraciones acaban con la simpatía primera; otras, la ratifican y engrandecen.

Más claro. Nadie debe ponerse en amores por meditación serena. «Esta chica no me gusta ni pizca, pero es muy santita, laboriosa y humilde; hará una buena madre, será muy hacendosa...» «Este muchacho me revienta, pero dicen que vale mucho y tiene un gran porvenir...» ¡Desgraciados quienes van al matrimonio tan saturados de sensatez! Ya se les hará aborrecible desde el primer día.

En determinadas comarcas españolas—por ejemplo, Navarra y el Alto Aragón—el matrimonio es un mecanismo

para conservar los patrimonios familiares. En algunos medios sociales, como la aristocracia, es un procedimiento de amparar un espíritu de clase que no se ha sabido defender usando mejores armas. Para bastantes señoritos, es la manera de vivir sin trabajar. Para no pocas damiselas, es la fórmula de mantener un lujo. Muchas veces, el hombre busca ama de llaves y la mujer una máquina productora de las pesetas que ella no puede o no sabe ganar. En los elementos populares también abundan los matrimonios sin más sentido que el juntar dos jornales.

Contra todo esto protesto y quiero dejarte prevenida. Si *te gusta* ese rondador, tómalo en estudio hasta ver si *te conviene*.

Pero si de primeras no te gusta, apártalo, y no pienses más. La Epístola de San Pablo—que es una pieza literaria muy seria; ya te la leerán—habla de amor, no de situaciones sociales ni de dinero. Y es muy difícil llegar a sentir amor—que es un sentimiento más serio aún que la Epístola—a persona que desde el primer momento no nos atrae.

La atracción no es plasticidad, ni belleza, ni cosa definible con precisión. Es una forma de señorío que unos seres humanos ejercen sobre otros para someterlos a su dominio espiritual.

Muchas veces oirás:

—Comprendo que es feilla, pero tiene un no sé qué...

Y otras:

—Reconozco que es repulsiva y anti-pática, pero es tan guapa...

Del primer concepto puede surgir un matrimonio; del segundo una degradación.

En fin, que cuando suene la hora, de casarte, escuches, ante todo, a tu corazón, sin desdeñar consejos secundarios. Si esa hora ha llegado ya y te gusta, el moscón, con tu pan te lo comas. Es decir, comértelo no. ¡Qué asco!

Reparo ahora en que no te he hablado nada de Derecho. Mañana será. Pero quizás esta carta no sea inútil. Los abogados valemos más por lo que conocemos la vida que por lo que sabemos de leyes. Apréndete, por de pronto, esta pequeña lección de psicología que te brindo a espaldas del cortejante. Por cierto que no me has dejado traslucir quién es.

Sea quien sea, si tu corazón te lleva a él, acomete la empresa sin miedo. Habrá quien te alarme recordándote el viejo proverbio, según el cual, quien se casa mete la mano en un cántaro donde hay noventa y nueve culebras y una anguila. Yo en cambio, te brindo la opinión de aquel que dijo que el matrimonio es, de todas las cosas serias, la más divertida.

Angel Ossorio



ACUSES DE RECIBO

A D. JOSÉ M.^a PEMÁN

POR JOSÉ DE ORELLANA

CUENTOS sin importancia.» Pedazos de vida, vistos maravillosamente en la realidad de todos los días. Apuntes vigorosos; rasgos, trazos, penumbras, momentos con ráfaga esplendorosa que hiere las pupilas y alumbra el corazón, ya para siempre.. Si alguien nos preguntara qué debe ser un cuento, mejor que con todas las divagaciones y

todas las teorías y circunloquios, responderíamos diciendo: José María Pemán ha *visto* unos detalles, a su alrededor. La Vida nos enseña a todos infinitos pliegues. Se ahonda, se observa, se escudriña, con detenimiento, y allí está una existencia entera, con personalidad propia e interés emocionante. José María Pemán no ha hecho más que eso en su libro. Así se escriben los cuentos.

Pero la selección espiritual, la ironía aguda, el lenguaje dócil, transparente, la observación certera y genial... Todo esto, que es el soplo creador del Arte, en el pedazo de existencia indiferente para todos... Así, con la suprema sencillez, que es perfección suprema, se han escrito muy pocos cuentos como estos «Cuentos sin importancia».

Otro día, con más extensión, que nunca será la merecida, escribiremos nuevamente sobre las poesías, de sus libros anteriores, y los cuentos, del libro de hoy, con que a los lectores de habla española ha obsequiado el gran literato español José María Pemán.

* * *

A D. CONSTANTINO CABAL

LA mitología asturiana: Los dioses de la muerte». «La mitología asturiana: Los dioses de la vida».

Aplazando para otro día ocuparnos detenidamente de estos libros de Constantino Cabal, hoy, sólo hemos de limitarnos a un breve acuse de recibo.

En medio de tanta chabacanería y tanto mercantilismo literario, la personalidad de Cabal se levanta, destacándose, digna y noble. Labor de muchos días, la de estos libros de «La mitología asturiana», rebosantes de documentación y de citas personales. Labor de benedictino, meritisima, y de patriota, verdadero, y de artista fervoroso e incansable. Y con todos estos méritos, un lenguaje rico, pintoresco, de frases ágiles y expresivas, de dulcísima suavidad a veces y de fuertes arrogancias en ocasiones. Lenguaje que se desborda como un torrente, peñas abajo, y que, expresando justamente los pensamientos que encierra, sabe también ser austero y sosegado, en remansos tranquilos, de ocasiones breves, con adjetivos necesarios, con verbos elocuentes, con sintaxis gramatical aprendida y sabiamente aplicada.

Cáscara de almendra, verde y ya sabrosa y madura, es este lenguaje de Cabal, suave y aterciopelado, como un estuche primoroso. Dentro, contiene el dulce fruto tierno, de emociones cordiales; la otra cáscara de la almendra—seguridad, dureza, trabajo—, también está allí: en las citas abundantes, en la erudición creada y estudiada, en horas y más horas de labor honda, insistente, cuyo triunfo denuncian con ufania estos libros extraordinarios de Constantino Cabal.

José de Orellana



CATALUÑA

APUNTES DE LA EMOCIÓN

Barcelona y el mar

ESTA ciudad asomada al Mediterráneo, recuerda sueños remotos de aventura de los pueblos arquetípicos. La que ha ido disputándole al dueño sus dominios con una tradición marina que suena en los nombres de sus navegantes: Berengüer, Cervelló, Roger, hoy no representa ni el espectro de los imperialismos hacia las rutas naturales de toda villa costera con una tradición viva.

Al desembarcar no halláis ni una sugerencia por la gracia del arte o del lenguaje mudo de las piedras, que sea el concepto vital de su expansión marítima, de su permanencia genial sobre elemento que tiene siempre abiertas todas las rutas al más audaz.

El monumento a Colón es una apoteosis de anacronismo, sin que todo lo que le rodea venga a seguir el gran ritmo que pudiera iniciar la influencia histórica. Está en un yermo de energías y parece una concepción monstruosa convertida en momia sobre una vetustez sin palpación de empuje del pasado al presente.

El puerto con sus múltiples muelles

alardea unos tinglados que cierran toda visualidad al mar. Y es natural que el ansia de descubrir horizontes os lleve a las cumbres lejanas hacia el norte, con el deseo de abarcar en su mayor amplitud el elemento que acabáis de surcar y os ha dejado en el ánimo la nostalgia del vago sentir de armonía profunda que de él llevamos cuando hemos vivido sus horas.

En diferentes perspectivas de los muelles agrupadas las naves veleras, goletas, laudes bergantines, fragatas bricks, y las de vapor que dejan escapar los copos de sus combustiones mientras acopian calorías para el viaje.

No hay un incesante vaivén de embarcaciones menores, de remolcadores, con las interminables hileras de gabarras; no se hincha de resacas de surcos encintrados y de rutas repetidas sin tregua. A la hora de tráfico el puerto tiene una relativa calma apacible que no agobia nunca de emoción de trabajo imponente.

Los grandes navíos de servicio de correo, parecen querer hallar mejor justificación a su fuerza y sentirse empujados, traídos y llevados por la energía que origina las grandes líneas de tráfico de las potencias industriales y marítimas. No se qué recóndita pesadumbre trasciende de los intentos de potencia

que no siente la fuerza en sí misma, y por asociación de ideas, la vista se va al rincón remoto bajo la umbría silueta de Monjuich, el monte castillo que intenta ser jardín y sobre los crepúsculos es algo a poniente que sugiere el quedisimo de la otra ciudad, la de los muertos. Precisamente en la perpendicular de su perspectiva están los navíos arrumbados, los abandonados en el muelle de los náufragos de la energía.

Cuando los tractores no vibran, las cábricas no se traquetean convulsivas pasando eslabones de cadena y los hombres no blasfeman y los músculos como los de las bestias de tiro no se hinchan de esfuerzo. Todo el puerto parece estar en carácter con aquellas naves vacías... Ya todo es silencio de vigilancia y las canciones remotas llegan de los tedios de a bordo.

En estas horas a veces una sirena potente demanda puerto, allá a lo lejos se divisa una hilera de luces silenciosas, que se truncan por las sombras y vuelven a reaparecer. Es una nave que llega para alegrar la espera de un optimismo remoto, nacido de una nostalgia invencible. La nave fondea su estructura recia y acertada; medra y al quedar en su fondeadero después del vaivén de la maniobra y al ruido de las cadenas apretando los escobenes, sucede la algarabía de las conversaciones de los viajeros que lleva a su bordo, y los voces de toda suerte de vituallas que asaltan el costado ofreciendo a la Babel recién fondeada todo el deseo de mercadear.

Por unos instantes, desde la ciudad va y viene una caravana vertiginosa de autos, de vehículos con jamelgos cansados de llevar tantas jornadas...

¿De dónde viene esa cosmópolis en que se percibe el sonido de las hablas más distantes?

¿Va a quedar mucho tiempo?

El vapor se resopla por los tubos de escape... Esa nave viajera y corsaria lleva la idea errante de un alma creada de inquietud de lo nuevo; sus hileras de luz viva imitando calles de las ciudades que saben verter e inundar de sus luces el mar, son el anhelo de las villas de alma aventurera que quieren poner luz en las rutas. Es la nave del dominio de las potencias latentes y vivas de tradición marina. Esa nave no puede quedar mucho tiempo, es preciso que invada de cosmópolis otros puertos en que duerme todo un sueño receloso de que algo se va que les alegra en su tedio y le distrae su perpetua espera... La sirena del navío luminoso vuelve a zumbiar con trémolos de un «allegro» vivaz de partida; luego más graves, como una conciliación pesarosa con la tristeza que deja... Las voces de mando se renuevan, las cadenas chirrían... Ya zarpa, ya se aleja, y la hilera de luces va dejando en el agua oscura un rebrilleo optimista de augurio del camino.

Serenamente se desliza, y las voces ya no se perciben; aún suena otra vez la sirena... Las luces ya están en el camino alegre y franco sin la tristeza de las ruinas...

El mar siempre es una ruta reciente... no hay huellas de nadie. La tristeza del hombre en él es precisamente su ausencia. Pero ahí está la verdad para los temples fuertes y las almas que saben sentirse fuertes como brava inconstancia.

Se fué el aventurero... el puerto vuelve a su vela absurda en la que no hay un fantasma del pasado... y todo vigila.

No sé qué... una vela absurda...

El halo luminoso de la ciudad no llega hasta las aguas...

La luz de las calles no se espeja en hileras. Los alrededores del puerto son sórdidos. El mar y la villa están divorciados, parecen guardarse rencoros...

Ignacio Socías Aldape

Barcelona

BALEARES Y CANARIAS

CUADROS MALLORQUINES

¡Oh, Virgen de Lluch...!

EN los alrededores de la Administración de Correos del distrito rural, se nota una animación no acostumbrada.

La impaciencia se revela en cada semblante. Todos esperan noticias de los soldados que luchan en África. Unos esperan carta de un hijo, otros de su pariente, otros de un amigo; y una muchacha joven con lágrimas en los ojos, habla consigo misma, sentada en un banco de piedra en actitud humilde y dolorosa. Esta joven que apenas cuenta diez y ocho años, de aspecto simpático, también espera carta de su esposo, que el torbellino de la guerra le arrebató a los dos meses de casada.

Todos sueñan con la misiva que ha de llevarles alegría y consuelo como premio al dolor que sienten lejos de sus seres queridos.

A la hora de itinerario llega el conductor, el que descarga del carruaje

polvoriento una saca de correspondencia ordinaria y una mochila con certificados y valores. Todos se acercan y acorralan al conductor como para demostrarle su inmensa simpatía, porque simpático es siempre el que nos trae buenas noticias de los seres que amamos.

—¿Hay correo de Melilla?

Y claro, el bueno del conductor que nada sabe, nada puede responder; pero dada la afluencia de preguntas y exclamaciones que le dirigen, acaba por contestar, sonriendo: «*para todos hay cartas y buenas noticias.*»

Por fin se abre paso por entre la muchedumbre y avanza, tras no pocos esfuerzos, hacia la puerta de la Administración.

La gente, ávida de saber noticias, invade el vestíbulo.

Los hombres se descubren y las mujeres se sientan. Reina un silencio de iglesia. Diríase que aquella sencilla y honrada gente de pueblo se encuentra en la antesala de un juez para ser juzgada por una ley implacable. Se oye la respiración pesada de la joven esposa durante los cortos intervalos que cesa de llorar. Una vieja llora también en silencio y de vez en cuando hace la señal de la cruz, creyendo que con tan cristiano signo ahuyenta a su nieto querido del peligro que le asedia en las tierras inhospitalarias del Riff.

Una vez hecha la distribución de la correspondencia, se abre la reja para hacer entrega de los *apartados* oficiales y particulares. Una ola de gente se abalanza contra la ventanilla con los brazos en alto, en actitud de coger su carta.

A ruego del Administrador se apaciguan los ánimos y se despachan los

apartados. Hay que convencer a los que esperan, que su correspondencia les será entregada por el cartero en seguida que haya ultimado las operaciones de clasificación; pero no todos oyen esta advertencia y la ansiedad se pinta en sus rostros. La vieja llora amargamente.

Por fin, el Administrador logra convencer a todos que precisa tener un poco de paciencia y se restablece la calma.

Hecha la distribución, sale el Cartero y es materialmente asaltado; todos le miran con ansia y con alegría y hasta algunos, creyendo despacharse más pronto, le tiran de la cartera intentando coger las cartas.

Se reparte toda clase de correspondencia; pero no todos reciben el premio que esperaban. Los favorecidos abren los sobres y leen en alta voz el contenido, creyendo sin duda, muchos de ellos, que los que les oyen participan de su felicidad. Otros se ocultan en un rincón balbuceando palabras entrecortadas por la emoción. Otros se alejan huyendo. La vieja escucha atentamente la carta que le lee el ordenanza de Telégrafos, exclamando aquélla de vez en cuando: ¡Hermoso niño! ¡Pobre chico! ¡Querido hijo mío!

Dolor causa ver marchar a los que no han recibido noticias, mirando con envidia a los favorecidos y exclamando: ¡Qué extraño es esto! ¡Alguna cosa mala le habrá pasado! ¡Dios mío, Dios mío!

El vestíbulo queda vacío. Sólo la joven, que es de las afueras del pueblo, se queda mirando una carta que tiene en sus manos; vuelve a colocarla en el sobre y acto seguido la vuelve a sacar y la vuelve a mirar como queriendo descifrar las noticias que contiene. Por úl-

timo se atreve a llamar tímidamente a los cristales de la reja.

—¿Qué desea Vd?

—¿Hablo con el señor Administrador?

—Sí, para lo que guste mandar.

—Deseaba pedirle un gran favor.

—Hable; estoy a su disposición.

—Que me haga el obsequio de leer esta carta. Y entrega la carta que acto seguido es leída y dice así:

« ..Querida Magdalena: El cabo Fernández de mi compañía, que es muy amigo mío, te escribe esta carta que yo le dicto.

»Te añoro mucho porque te quiero mucho y siempre pienso en tí.

»La vida de campaña no es tan mala como dicen cuando se la toma con paciencia. Verás:

»Cuando me levanto rezo una salve a la Virgen Santísima y beso el escapulario de la Virgen de Lluch, que me pusiste al cuello a la hora de partida. Después de este acto me encuentro mejor y me parece tenerte más cerca. Luego me lavo y arreglo mi cama; pero cuando estoy en campaña no puedo hacer lo uno ni lo otro porque no tengo agua y duermo sobre una manta al aire libre. No creas que esto me haga sufrir, pues ya sabes al vigilar nuestro ganado, por la noche, hacía lo mismo. Sin embargo compadezco a algunos señoritos porque dan mucha lástima. En seguida pasan lista, después del toque de diana, y luego tomamos el desayuno que es muy bueno.

»El día 16 tomé parte en una escaramuza y quedé muy bien, según me dijo mi Capitán, que es más bueno que un pedazo de pan. Varios compañeros re-

sultaron heridos, pero la cosa no tuvo importancia, a pesar de que los moros tiran muy bien.

»Mi amigo Miguel Monjo, que tú conoces, el otro día en que los dos íbamos a la vanguardia de un convoy, resultó herido en una pierna y tuve que llevarle más de un kilómetro sobre mis espaldas hasta que llegué a los carros.

»El cabo García Gromas me dijo que estaba muy satisfecho de mi modo de obrar y me dió un abrazo, y esto es mucho, porque el cabo García es hijo de un Comandante muy valiente y él es muy entendido y muy bueno.

»No temas por mí. Todo irá bien. Da muchos besos a mi buena madre y abuelita y diles que las quiero muchísimo, más que a mi vida, y que no me olvido de rezar a la Virgen de Lluch todas las noches. Cúidate mucho.

Sin más, no olvides al que mucho te quiere y desea verte pronto.—Antonio.»

La joven sollozaba amargamente.

—¿Por qué llora usted, estando su esposo sano y salvo?

Pero aquella encantadora mujer no oía nada y continuaba llorando como un niño. Sin pronunciar una palabra cogió la carta de manos del Administrador y salió apresuradamente de la casa Correos.

* * *

Una hora más tarde la bella aldeana, en su dormitorio típico y honesto, oraba arrodillada, teniendo fija la vista en una vieja estampa de la Virgen de Lluch.

—¡Oh, Virgen de Lluch, salvad y devolvedme pronto a mi esposo...

Y continuaba llorando, llorando, como sólo saben hacerlo las mujeres en los momentos amargos de su vida.

Tal vez aquella joven había de ser pronto madre.

Mateo Pradera Palmer



Año II - SUPLEMENTO DE LETRAS REGIONALES - Núm. 9

En esta sección colaborarán fácilmente, los escritores que quieran darse a conocer. Encarecemos a todos la brevedad, indicándoles que serán preferidos los trabajos que más se acomoden al carácter regional de la Revista.

LA ORACION DEL POETA

Para mi hermano Angel, lenitivo de mis escepticismos, y excelente poeta que no hace versos.

Jesús de Galilea, el del costado manante en amapolas purpurinas, el Mesias que fué crucificado y cubierto de espinas después de generoso habernos dado el santo y sabio don de sus doctrinas.

Escúchame, Jesús; no te lo exijo ¡pobre de mí!, sino que te lo imploro de hinojos ante el santo Cucifijo que tiene en tu cabeza un nimbo de oro. Padre de los poetas, padre mío, Redentor de las almas pecadoras: ¿No pondrás fin jamás al triste hastio que es patrimonio de mis tristes horas?

Yo no temo a la Parca. Aquí dispersos en este mundo de alevosa calma quedarán mis cenizas y mis versos; pero mi alma ¡Dios mío!, pero mi alma, se irá de entre estos seres tan perversos buscando de tu amor la santa palma.

Benjamín Ramos García

Úbeda (Jaén)



CÓSAS ARAGONESAS

ESCENAS DE ANTAÑO

I

Fueron aquellos tiempos de verdadero miedo para los vecinos del pueblo de Tobed. En todas partes y a todas las horas «los calristas» eran el obligado tema de conversación. Que si en tal sitio y a tal hora habían robado al tío «Inacio»; a otro, después de robado, habíanlo dejado amarrado al tronco de un árbol; que al tío Agustín lo majaron a palos; que la tía Osa los vió venir por tal camino y, de tanto correr se cayó por unos zarzales, volviendo a casa toda ensangrentada... Y no faltaban truhánes que, aprovechándose de semejante estado de cosas, se presentaban en el pueblo diciendo que eran «calristas» y amparados con estas y otras razones, campaban por sus respetos y cometían libremente todo género de atropellos y rapiñas. No pasaba día sin que sucedieran nuevos o parecidos casos que al fin concluyeron por acobardar a los vecinos que ya no pensaron más que en asegurar sus vidas que veían amenazadas. Se tabicaron todas las ventanas que había a poca altura del suelo dejando solamente una estrecha rendija, a modo de trone-

ra, lo suficiente para introducir el cañón de una escopeta; y se aumentaron las trancas detrás de las puertas con un furor loco, llegando a colocar grandes vigas y estableciéndose verdadera competencia en este punto.

Y como esperaban de un día para otro la llegada de las fuerzas carlistas, apenas se acercaba la noche, todo el mundo se metía en casa de tal modo que parecía aquello un cementerio. ¡Realmente había más miedo que alma!

Así estaban las cosas en Tobed cuando sucedió lo que voy a contar, ni más ni menos uno de tantos casos que abundaron en aquella época merced, como antes se ha dicho, a la pillería de unos cuantos de mal vivir y no a los carlistas como por muchos se ha creído.

II

Hacia una noche más oscura que la boca de un lobo y andaba un cierzo que sellevaba las casas y se pasmaba la campana ..

Y «Pifanio» tenía que ir nada menos que a casa del tío Joaquineta que se hallaba en la parte baja, al otro extremo del pueblo ¡Era preciso!

—¡Recrista qué nochecica! ¡Tamién es que tengas que salir a estas horicas! ¿No sería igual en la mañana?

Así hablaba su esposa en tanto él, después de haber preparado su escopeta de dos caños y metido en la faja un enorme cuchillo, se envolvía en un tapabocas para resguardarse del frío.

—No hay más remedio, chica. Cuando él lo dice por algo será. Ya sabes que no soy amigo de semejantes salidicas por la noche y agora con esto de los calristas... ¡munchismo menos!

—Y que pué que vengan esta noche... ¡Toma, eso han mandau icil! ¡Mira, mira Pifaño! ¿Sabes lo que te digo? pues que no vayas y ya está.

—¡Claro, ya está! y dimpués ¿te sabrá gueno que digan que no hi salido por miedo?

—Chico: has lo que quieras, pero si

en mí había e consistil... ¡pues no irías!

—Pues por mi palte... ¡Chica, qué ruido mete el aire! Gracias a que es mentira eso de las brujas... ¡que si no! Y Pifanio, quitando las cuatro o seis trancas colocadas detrás de la puerta, se dispuso a salir... Verdaderamente era una noche de perros. Reinaba un silencio espantoso turbado solamente por el fuerte viento que, al chocar con los aleros de los tejados y penetrar por las rendijas de las puertas y ventanas, producía unos ruidos ¡madre, qué ruidos! Con la escopeta en una mano y la linterna en la otra Pifanio echó calle abajo tan jaque, porque su mujer quedóse mirándole desde la puerta, pero, apenas hubo revuelto la esquina y desaparecido Petronila de su vista, comenzó a temblar... ¡Allí no quedó hombre!

III

...Padre nuestro que estás en los cielos.. —¡Si supía la Petrolina el miedo q' estoy pasando!—venganos el tu reino...—Claro: yo ¡por hacel el valiente!—Santa María madre de Dios ruega—Pero es que yo pensaba que ella no m' iba a ejal—Y no dejes cael en la ten...—¡Mia que me güelvo!—Agora y en la hora de nuestra muerte. Amén Jesús — Lo que voy hacer es apagar la linterna, porque si me eguipan... ¡Madre, qué escuridá más grande! — Señor mío Jesucristo Dios y Hombre verdadero, criadol del cielo y de la tierra...—¡Pues y si hubiá alguno detrás d' esa esquina q' hacía yo! ¡Oy, Pifaño, Pifaño en güen enreo t' has metido! — Por mi culpa por mi grandísima culpa, por tanto ruego...—Pues ese ruidecico que s' ha oído p' ahí riba no me gusta miaja! ¿Quiés juate a que me sigue alguno?—Dios te salve reina y madre de misericordia, a Tu llamamos los desterrados, que pequé gravemente...—Vaya: en vez d' ir por ahí, me bajaré por esta otra calle y ná más... ¡Diosla! ¿Qué será aquello? ¡Santa Barbarica bendita!—Dios te salve María,

ñena eres de gracia...—Allí hay gato encerrau... ¡Aquella sombrica! No: a mí no me las pasan...—Yo pecaor me confieso a Dios todopoderoso, criadol del cielo, que fué concebido, San Miguel Alcange...—¡Ojalá rabiaran todos los calristas! ¡Cochinos!...—y a vos padre espiritual...—¡Madre qué tembleque! ¡Y que bien se está en casa, puñema! Allí... metidico en el rincón... ¡que suelte Dios la bataquera!—Perdonanos, Señor, a nuestras diaudas...—Aquí mataron al tío Juanillo... aun me paice que lo estoy viendo... no que fué más abajo...—Cumplir la penitencia que me juere impuesta...

Así andaba Pifanio cavilando cuando, al revolver la esquina de la calle Mayor, se tropezó a boca jarro con dos personas que le echaron el alto... Arrojó la escopeta que se disparó al chocar contra las piedras produciendo una grande detonación que puso en movimiento a los vecinos, y echó a correr calle arriba gritando a voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Los calristas! ¡Socorro! ¡Que me matan! ¡Auxilioooo!...

Aquello fué un rayo. Porque, en un momento, de las casas más próyimas comenzaron a salir disparos por las ventanas y las gateras de las puertas, como si se trabara una gran batalla... Y conforme Pifanio seguía gritando, calle arriba, cundía la alarma entre todos... Un hombre algo más sereno se atrevió a salir a la ventana para preguntarle:

—¿Son muchos, chiquio?

—¡Más de cincuenta!—y siguió corriendo...

Una hora después el fuego era general en todos los barrios del pueblo. ¡Aquello parecía un infierno! Se disparaba con verdadero fenesí creyendo que el pueblo entero estaba lleno de carlistas, porque cada cual pensaba que los disparos ajenos eran del enemigo. Hubo quien, por la gatera de su puerta estuvo disparando, casi toda la noche, contra la del vecino y muchos lo hacían al aire, sólo por meter ruido, o a la ven-

tana de enfrente... A última hora de la mañana aún sonaban algunos disparos sueltos...

IV

Pifanio llegó a casa medio muerto y se metió en la cama... para no levantarse lo menos en un mes. Tan soberano había sido el susto. En un principio se le creyó casi un héroe pero bien pronto se supo la verdad... toda la verdad. Precisamente el encuentro había sido con un par de hombres de los que nada podía temer por tratarse de una pareja de la guardia civil. ¡Lo que hace el miedo! ¡Pobre Pifanio! ¡Qué noche, qué noche.!

Algunos años después, y en el mismo sitio, aun solían cantar los rondadores esta canción:

Ten cuidado, compañero,
cuando salgas por la noche:
y no cojas muchas armas
que el miedo no excusa golpe.

Ares-Nif



REFRANES GLOSADOS

No me llames variable
Porque ahora de ti me alejo,
Acuérdate que *es de sabios*
El cambiar de consejo.

Al que tiene un buen abuelo
Ya no hay perro que le ladre:
Que el abuelo... es el abuelo
Y ha sido dos veces padre.

Al amor lo pintan ciego,
Con un arco y unas flechas;
¡Pobre infeliz!... así nunca
hace las cosas derechas.

Alábate sin recato,
Y di que eres el mejor,
Porque el pobre *Fray Modesto*
No llegó nunca a Prior.

Orihuela.

Pedro Rebollo Linares

Imprenta La Española. - Librería, 28 - Córdoba

Novelas extremeñas
de
Antonio Reyes Huertas

-
- «Los humildes senderos.»
 - «La sangre de la Raza.»
 - «La Ciénaga.»
 - «Agua de turbión.»
 - «Fuente serena.»

—

De venta en todas las buenas librerías

¡Gran éxito de Librería!

FRUTA DE ARAGON

POR

G. García-Arista y Rivera

- Envío 1.º—*Enverada.*
» 2.º—*Excoscada.*
» 3.º—*Abatollada* (en prensa)

■

EN TODAS LAS LIBRERIAS

“La Papelera de Cegama”

(S. A.)

Fabrica de Papel Continuo
CEGAMA (Guipúzcoa)

Papeles de Edición. Litografía
y de escribir

Dibujo. secante, pluma, barba,
pergamino y registro

Papeles rayados, lisos, verjurados
y con filigrana

Especialidad en papeles tela
— y cartulinas —

La Española

—
Talleres de Imprenta

■

Impresión esmerada de Obras
Folletos, Circulares,
y toda clase de modelación
para Oficinas y Comercio
Prontitud y economía

■

Librería, 28

Córdoba

